

mentira, ni hubiera sido precisa la invención de la mordaza, ni entrara nunca el pecado por los oídos, ni hubiera murmuradores ni bachilleres, que son el gusano y polilla de todo buen orden. Con lo cual creo haberte convencido de otra ventaja que llevan los batuecos á los demás hombres, y de qué cosa sea tan especial el miedo, ó llámese la prudencia, que á tal silencio los reduce. Te diré más todavía: en mi opinión no habrán llegado al colmo de su felicidad mientras no dejen de hablar eso mismo poco que hablan, aunque no es gran cosa, y semeja sólo al suave é interrumpido murmullo del viento cuando silba por entre las ramas de los cipreses de un vasto cementerio; entonces gozarán de la paz del sepulcro, que es la paz de las paces. Y para que veas que no es solo Dios el que desapruere el hablar demasiado, como arriba llevo apuntado, te traeré otra autoridad recordándote al famoso filósofo griego (y no me hagas gestos al oír esto de filósofo), que enseñaba á sus discípulos por espacio de cinco años á callar antes de enseñarles ninguna otra cosa, que fué idea peregrina, y sería aquella cátedra lo que habría que oír, de donde concluyo, porque me canso, que cada batueco es un Platón, y no me parece que lo ha encarecido poco tu amigo el bachiller.

P. D. Se me olvidaba decirte que á mi última salida de las Batuecas se susurraba que hablaban ya. ¡Pobres batuecos! ¡Y ellos mismos se lo creían!

## REFLEXIONES

*acerca del modo de resucitar el teatro español*

**H**ASE apoderado hoy la murria de nosotros: no espere, pues, el lector donaires ni chanzonetas: nos hallamos en uno de aquellos momentos de total indolencia, y de *qué se me da á mí*, á que está por desgracia demasiado sujeta esta miserable humanidad, que sobre sí acarrea nuestro flaco espíritu á la otra vida, según la más recibida opinión.

¿Serán influencias de algún astro maligno que grave sobre nosotros? Pero esta es creencia antigua, porque también las creencias caducan y pasan; los modernos no creen en influencias. ¿Será el famoso *spleen*? Bien podrá ser, porque esto es más de moda en un tiempo en que es de buen tono la melancolía y la displicencia. ¿Estaremos acaso acometidos de algún acceso de tétrico sentimentalismo? Pues á fe de habladores, ni hemos estado luchando con las sombras ensangrentadas de Zaragoza, ni salimos de la representación de ningún melodrama traducido del francés.

¿Será el mismo asunto que para el artículo de hoy hemos escogido? Á la verdad no hay astro, ni sombra, ni melodrama que pueda influir en nosotros de una manera más triste. Literatos somos, mal que le pese á Minerva, y poetas de por acá: si esto no es bastante á teñir de oscuro nuestras ideas, no habrá en el mundo un solo malhumorado que tenga verdadero motivo para estarlo.

Pasemos, en fin, á nuestro artículo, que es más arduo de lo que parece, por más que desconfiemos de que pueda nuestro corto talento presentar las ideas con todo aquel orden, claridad y elocuencia que de buena gana envidiamos á otros.

## TEATROS

El atrevimiento que tomo de dar consejos sin ser llamado merece perdón; pues el negocio es común, todos tenemos licencia de hablar.

MARIANA, *Hist. de Esp. Informe dado al rey por un prelado.*

QUÉ ocasión mejor se nos ha presentado nunca, ni se nos puede presentar jamás para reclamar una reforma radical en los teatros de nuestro país, que esta en que ha empezado á brillar para España una aurora más feliz, que promete por fin la realización de mil esperanzas justas, tantas veces desvanecidas? ¿Que ésta en que nuestro sabio Gobierno se pone decidida y enérgicamente á la cabeza

de la nación, cuyo cuidado le está cometido para marchar hacia el bien? Ninguna. Aprovechemos este momento. Abramos los ojos sobre nuestra situación, y hagamos patentes nuestras razones con la sumisión de buenos vasallos, con la confianza de hombres que tienen un Gobierno ilustrado. Digamos por fin cosas muchas veces dichas por personas muy superiores á nosotros, y constantemente desoídas por sujetos menos bien intencionados que nosotros.

No es éste el lugar ni la época ya de una larga disertación acerca del objeto de los teatros, y de las ventajas que, bien dirigidos y administrados, pueden reportar á una nación dispuesta á recibir la instrucción, y á un Gobierno decidido á dársela. Demasiado conocido y sabido es por todos que, en el actual estado de sociedad que alcanzamos, ésta que en sí no es más que una diversión, es una diversión indispensable; una diversión que dirige la opinión pública de las masas que la frecuentan; un instrumento del mismo gobernante, cuando quiere hacerle servir á sus fines; una distracción que evita que los ociosos turbulentos piensen y se ocupen en cosas peores; un morigerador, en fin, de las costumbres, que son en nuestra opinión el único apoyo sólido y verdadero del orden y de la prosperidad de un pueblo. Verdades de tanto bulto no serán ciertamente las que encontrarán en el día poderosos impugnadores. La luz de la verdad disipa por fin tarde ó temprano las nieblas en que quieren ocultarla los partidarios de la ignorancia; y la fuerza de la opinión, que pudiéramos llamar, mortalmente hablando, *ultima ratio populorum*, es á la larga, más poderosa é irresistible, que lo es momentáneamente la que se ha llamado *ultima ratio regum*.

Concedidas, no disputadas, por mejor decir, la necesidad y la utilidad del teatro, resta saber cuáles pueden ser los medios de hacerle prosperar.

¿Cuáles han sido los obstáculos que se han opuesto constantemente en este país á la realización de tan vasto proyecto?

La poca importancia que se ha creído siempre poder dar impunemente á este ramo los comprende todos. De aquí ha nacido el estado particular del teatro; la posición ridícula de los poetas, la situación deplorable de los actores. Cosas tan íntimamente unidas entre sí no se pueden separar sin perjuicio de todas. No basta que haya teatro; no basta que haya

poetas; no basta que haya actores; ninguna de estas tres cosas puede existir sin la cooperación de las otras, y difícilmente puede existir la reunión de las tres sin otra cuarta más importante: es preciso que haya público. Las cuatro, en fin, dependen en gran parte de la protección que el Gobierno les dispense.

Un público indiferente á las bellezas, heredero de una educación general mal entendida é instruído superficialmente, es el primer eslabón de esta miserable cadena. Cuando los poetas ven al público aplaudir dramas execrables, no sospechar siquiera la existencia de bellezas positivas, que tantas vigiliass le han costado, no tarda en sucumbir y en repetir con Lope de Vega:

Puesto que el vulgo es quien las paga, es justo  
Hablarle en necio para darle gusto.

Los hombres no son más que hombres, y sería mucho exigir de la débil humanidad querer encontrar siempre en cada hombre un héroe dispuesto á sacrificar los aplausos justos ó injustos, al deseo de agradar á media docena de literatos cuya aprobación de gabinete no mete ruido. Cuando los poetas ven que falta en el auditorio ese orgullo nacional, capaz de hacer milagros donde quiera que exista; cuando oye aplaudir indistintamente las mezquinas traducciones extrañas á nuestras costumbres, y preferirlas acaso á las obras originales; cuando las ve pagar con tan poca diferencia, ¿qué mucho que no se canse en correr en pos de la perfección? ¡Cuánto más fácil es traducir en una semana una comedia que hacerla original en medio año! ¿Por qué ha de emplear tanto tiempo, tantos afanes por conseguir aquel mismo premio que en menos tiempo y con menos trabajo puede alcanzar? De aquí las miserables traducciones, de aquí la expulsión del buen género para hacer lugar al género charlatán que deslumbra con fáciles y sorprendentes golpes de teatro. De aquí la ausencia de caracteres, de pasiones y de virtudes, para sustituirles esos traidores falsos y eternos que hacen el mal para buscar efecto, esos crímenes no justificados, y esos vicios asquerosos pintados de una manera todavía más asquerosa.

No se crea, sin embargo, porque hemos expuesto aquí estos descargos de los poetas, que los consideramos tan inocentes

como los demás : nada de eso. Dentro de poco probaremos que, si bien estas son disculpas, no son razones para seguir en el torpe camino en que se han encerrado; probaremos que si alguno debe obrar heroicamente es el poeta. Los poetas son hombres ; pero si los hombres no han de ser héroes, y sobre todo ciertos hombres que se alimentan más que otros de gloria, ¿ quiénes lo serán ?

¿ Qué no diremos de los actores ? Si ven aprobado un traje inexacto sólo porque es ridículo, si oyen aplaudir un modo de decir falso sólo porque es exagerado, si ven desconocida á cada paso tal cual belleza que se les escapa, y bulliciosamente coronado de aplausos todo gesto innatural, todo ademán grotesco, ¿ á qué se han de fatigar en buscar por senderos tortuosos una reputación primer premio que anhelan, que á mucha menos costa y por cualquier camino se encuentran adquirida ?

Otro tanto decimos de las empresas. Si una buena comedia cae al lado de un melodrama furibundo, si una mala traducción llena el teatro y sus árcas más veces que la obra original del ingenio, ¿ se podrá exigir de una empresa que sacrifique sus caudales generosamente en beneficio del buen gusto, que tan pocos representantes tiene entre nosotros para agradecersele ? ¿ Podremos pedirle que recompense más lo que menos le produce ? Un delirio fuera exigir semejantes sacrificios.

El público es, pues, la primera causa del abatimiento de nuestra escena. Lo repetimos á voces : *instrucción, educación* para este público ; *instrucción sana sí, religiosa, morigerada, pero instrucción en fin.* Los enemigos de la instrucción la han querido pintar siempre como perjudicial : ciertamente si es mal dirigida es un puñal en manos de un niño. Pero cuando está fundada en la religión, en la virtud y en la verdadera sabiduría, entonces no puede ser más que un bien para todos ; entoncés sólo puede conducir al hombre á conocer sus verdaderos intereses en sociedad, puesto que no puede vivir de otra manera. Si el interés de un hombre puede estar tal cual vez momentáneamente en contradicción con el bien general, á la larga el interés de todos los hombres está en la virtud, en el orden. Esto es lo que sólo puede enseñar una sólida instrucción, que no se quede á medio camino : estamos seguros de que el interés es el gran móvil del hombre ; toda la dificult-

tad está en hacerle conocer cuál es su verdadero interés. Esto se lo proporciona la sólida instrucción, que es la única de que hablamos; en este caso ésta será en todo y por todo para el hombre el manantial de su felicidad.

Cuando el público verdaderamente instruído y educado conozca y aprecie todas las bellezas de las obras de imaginación, cuando su orgullo nacional, despertado de nuevo, le haga exigir de los ingenios originales trabajos dignos de consideración, á los cuales puedan ligarse recuerdos patrióticos, cuando esté en el camino del buen gusto, entonces él mismo formará á los actores, porque él es sólo quien puede formarlos. Entonces los autores escribirán con placer, los actores representarán con perfección, y las empresas recompensarán con generosidad. Entonces el mismo círculo vicioso establecido en el día para el mal, se establecerá para el bien.

Ahora bien, si el público y su falta de instrucción es la primera causa del daño, ¿quién ha de instruirle? 1.º Causas que no son de nuestra inspección. 2.º Á falta ó en cooperación de éstas, los autores. Sí, estamos enredados en un verdadero laberinto de círculos viciosos; es preciso para salir de ellos que rompa alguno por medio: es preciso que alguno empiece sacrificando algo. ¡Unos por otros están las mejoras sin hacer! ¿Quién deberá, quién estará más obligado á dar principio á esta grande obra? Lo repetimos claramente, los poetas. Los que saben más, tienen de ello más obligación. Los hombres de talento, los hombres extraordinarios (1) han sido los que en todas las naciones han dado siempre los primeros este primer impulso. Por una parte los periódicos con su imparcialidad, por otra los autores con sus obras. La naturaleza, al concederles el inmenso privilegio de su superioridad, la incalculable influencia que ejerce el talento sobre el común de los hombres, no les dió arma tan poderosa para volverla contra sus altos fines, sino para contribuir al bien de la humanidad, para abrirle los primeros el camino. Esta obligación sagrada es la que no pueden echar en olvido sin cubrirse de ignorancia y de culpabilidad. Los hombres de talento son los que

---

(1) Si esta verdad grandiosa necesitase pruebas, citaríamos solamente el nombre de Moratín. ¿Qué revolución hizo en nuestro teatro? Más había que mejorar que en el día. Por esto, después de él, pueden arrostrar las mejoras que faltan hombres que no sean Moratines, puesto que no sería fácil encontrar muchos en cada siglo.

empiezan á instruir las naciones. ¿No tendremos ninguno entre nosotros? Salgan, pues, si los hay, y conquisten con su generosidad y su mérito el premio y el tributo de consideración que se les niega. ¡Triste verdad! Verdad es que necesitan algún apoyo. Empero verdad no hay más que hasta cierto punto. Mil caminos hay; si el más ancho, si el más recto no está expedito, ¿para qué es el talento? Tome los rodeos, y cumpla con su alta misión. En ninguna época, por desastrada que sea, faltarán materias para el hombre de talento; si no las tiene todas á su disposición, tendrá algunas. *¡No se puede decir! ¡No se puede hacer!* Miserables efugios, tristes pretextos de nuestra pereza. ¿Son dobles los esfuerzos que se necesitan? Hacerlos. Doble será el premio que les espere, mayor la gloria que los corone. ¡Oh si nosotros pudiéramos lisonjearnos de ese talento superior! Ni un momento vacilaríamos. Desgraciadamente no alcanzan nuestras fuerzas sino á decir verdades; si alcanzasen para remediarlas, no seríamos los últimos á dar el paso vencedor.

Hagan los poetas obras de mérito; el público las aprecia poco al principio; redoblen sus esfuerzos, y hagan ostentación de constancia, mañana las apreciará, y pasado mañana no podrá pasar sin ellas. ¿Ó pretendemos que antes de hacer nada nos traigan á nuestra casa la corona de la victoria? ¿Todo lo ha de hacer la protección? Haga algo el mérito, y obligará á que se le proteja. *¡No me protegen!* clama la medianía. ¿Dónde está el mérito, pues, para protegerle? ¿Dónde los autores? ¿Dónde las obras (1)? ¿Quién le ha de proteger, si no existe, ó existe envilecido? Salgamos primero nosotros de nuestro envilecimiento y nos protegerán. Hagamos las obras y los protectores. Obliguémosles á que nos protejan, y nos lo deberemos todo á nosotros solos.

Cuando los poetas y la instrucción hayan formado el gusto del público, cuando éste haya formado á los actores, todos juntos formarán á las empresas, obligándolas á recompensar, porque entonces el mérito podrá imponerles la ley. Este es el camino, el que estamos obligados á tomar, por lo mismo que no tenemos otro más cómodo ni más expedito.

Hecho esto, todavía quedarán por vencer algunos obstáculos

---

(1) Ya en otro lugar hemos dicho que no contamos para nada una ó dos excepciones.

los, sin cuyo desvanecimiento aún les ha de costar trabajo á las empresas de teatros recompensar dignamente el mérito de cada uno en el grado que se merezca, y sostener este primer entusiasmo. Además, si al paso que los poetas hiciesen un esfuerzo tan heroico encontrasen algún auxilio superior, ¡cuánto más fácil y halagüeño sería el logro de nuestros deseos! Recorramos, pues, ligeramente los demás medios que pueden contribuir á facilitar la prosperidad de los teatros, después de los dos agentes principales que dejamos indicados.

Pedimos en primer lugar para los poetas, sin miedo de parecer exigentes, lo que sólo ellos no tienen en la sociedad. El derecho de propiedad. « Repartiéronse mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes,» puede exclamar el poeta con mucha razón, si se nos permite mezclar esta expresión sagrada entre nuestras habladurías.

En un país en donde las letras han sido casi siempre el recurso del que no ha tenido otro, y donde ha sido tan escasa la gloria que han alcanzado, parece que el premio debiera haber sido mayor; mas por desgracia no han recibido ni premio (1) ni consideración.

---

(1) Con gran dolor nuestro nos obliga el propio argumento de nuestro artículo á prescindir un momento de la gloria en favor del vil interés. Mucho tiempo hemos considerado si deberíamos hacer mérito del interés. Ciertamente que en un poema épico sería un pobrísimo episodio, y en una oda estaría tan mal colocado como el hospital en las Delicias. Pero en un papelucho de poco lucimiento y de menos provecho, en boca de un Hablador y de un Pobrecito, nos parece que está tan perfectamente *como una pedrada en el ojo de un boticario*, y no ignora el vulgo, en cuya boca anda este caritativo refrán, la exactitud de nuestra comparación. Magüer que pobrecitos bien traslucimos que los poetas que más gloria han alcanzado han comido, y no se nos diga que esta es una paradoja. No pocas veces se complacía Homero en la descripción de los más suculentos banquetes; Horacio se burla amargamente de un mal convite. De nuestro Cervantes juramos que escribió con más que mediana hambre y apetito el capítulo de las bodas de Camacho. No hablemos de Anacreonte y de todos sus discípulos, porque sabido es que estos han trocado siempre por una gota del zumo del Liéo todo el jugo que puede dar el arbusto de Dafne. Sabemos cuánto apreciaba nuestro Villegas el ruido de las castañas y el buen aloque, y en qué consideración tenía Baltasar de Alcázar la oronda morcilla, que nunca le dejó acabar su cuento. En fin, de los poetas bucólicos sabremos decir que no ha habido uno que no haya encumbrado á las nubes la dulce miel y la blanca leche. Así, pues, sostendremos á la faz de los partidarios de la aérea fama póstuma, á quienes parezca mal la ruin dirección que toman nuestras habladurías, que si los grandes poetas no han escrito para comer, á lo menos han comido para escribir.



Ya en otro lugar dejamos enumerados algunos de los trabajos que esperan al vate en su aventurada carrera: efectivamente, en ocasiones se le disputa hasta el derecho de ensayar y repartir sus papeles á los actores que más le convengan, que de todo hemos visto. Apláudese en fin. ¿Cómo se paga? ¿Quién valúa la cosa vendida? Sólo el comprador. ¿Cómo la premia? Á su arbitrio. ¿Se sabe lo que vale una comedia? ¿Se deduce su valor de lo que cuesta y de lo que produce? ¿Puede nunca reconocer el poeta más juez capaz de valuar su talento que el público bueno ó malo para quien escribe, ó el mismo gobierno asesorado de los inteligentes que para ello crea necesarios?

¿Puede oírse en paciencia que se hayan pagado de una vez con mil ó dos mil reales comedias que han producido por espacio de muchísimos años, que producen todavía y que producirán, Dios sabe hasta cuándo, tesoros á las empresas?

Nuestro ilustrado gobierno, que siempre ha manifestado en esta parte los mejores deseos, persuadido de la exactitud de estas reflexiones ú otras semejantes, conoció que el talento es una propiedad como otra cualquiera, y de mejor ley; propiedad que debe producir á su dueño en relación de su mérito. Con el objeto, pues, de desterrar tan ignominiosos abusos se formó y publicó en el año 1807, á propuesta del Excelentísimo Ayuntamiento, cuyo celo hemos tenido ya ocasión de alabar en otra parte, un reglamento de teatros. En él se establecía el modo de pagar de una manera justa y equitativa. Un tanto por ciento era el premio establecido para las obras originales; de esta manera guardaba una proporción exacta con el mérito de la obra y con las facultades de la empresa, pues sólo pagaba esta mucho cuando ganaba mucho. Desgraciadamente este reglamento se puede contar en el número de las cosas mandadas, pero no de las cumplidas, y nos hallamos en el año 32 peor que en el año 7; contratiempo y atraso debido tal vez á la sucesión de revoluciones que han afligido desde aquella época nuestro desventurado país.

No pára aquí el desprecio de la propiedad. Los teatros de provincia se creen autorizados, representada una vez una comedia en Madrid, á sustraer copias fraudulentas, y á representarla en todas partes, muy persuadidos de que los autores no tienen derecho alguno á impedirselo, y clamando con la fábula: *¡ Para mí los crió la Providencia!* En el mismo regla-

mento, que tenemos á la vista, se establecía que los tales teatros pagasen al autor con arreglo á sus facultades ni más ni menos que los de Madrid. Pero claman los actores: *¡La costumbre es ley!* Bien haya la costumbre; podrá ser así, en cuyo caso no sospecho por qué han de ahorcar á los ladrones, siendo una costumbre tan antigua la de robar. En ese caso no se podrá corregir jamás ningún mal inveterado. ¡Mal haya si entendemos de qué manera una mala costumbre puede llegar á ser una buena ley! Pues porque es costumbre es preciso abolirla, que á no serlo excusáramos reclamar contra ello. Los abusos que existen son los que se han de desterrar, pues los que no existen no hay para qué.

Al llegar á este punto oímos á las empresas clamar: «¿Pagar más á los poetas, ni á los autores, ni á nadie? ¡Imposible! Si estamos...»

Lo sabemos, señores empresarios, y aquí entramos en otro abuso. Hemos pedido para los poetas la justicia que puede animarlos en sus tareas. Pidamos ahora para las empresas lo que de derecho les corresponde.

Apenas se pueden creer las cargas espantosas que sobre los infelices teatros gravitan. Dejemos á un lado un número considerable de asientos de todas clases que están obligados á dar de balde por otra costumbre tan de ley y tan buena como la que llevamos arriba citada; no hablemos de algunas consideraciones que con toda clase de gentes tienen que guardar; concretémonos á decir que pasan de cuatrocientos mil reales las sumas que en metálico tienen que satisfacer anualmente á un sinnúmero de establecimientos. Y para que no se crea que nuestra maledicencia ó nuestra parcialidad nos hacen hablar, copiemos aquí el artículo 3.º del capítulo 12, título 2.º del reglamento, propuesto por un ayuntamiento celoso, aprobado por un gobierno ilustrado, y sancionado por un soberano acreedor á nuestra gratitud.

«La junta propondrá á la piedad del rey algún arbitrio para la más pronta extinción de estas cargas, pues verdaderamente no hay relación ninguna entre los tres coliseos y los hospitales de Madrid, los frailes de San Juan de Dios, las niñas de San José y el hospicio de San Fernando. Estos son los partícipes de una buena porción de sus productos, de que procede que los actores sean mal pagados, la decoración ridícula y mal servida, el vestuario impropio é indecente, el alumbrado



escaso, la música pobre, y el baile pésimo ó nada. De aquí que los poetas, los artistas, los compositores que trabajan para la escena sean ruinmente recompensados, y por lo mismo se vean en ella las heces del ingenio. De aquí, finalmente, la mayor parte de la decadencia y lastimoso atraso de nuestros espectáculos.»

¿Qué pudiéramos nosotros añadir á tan enérgico período? Pedimos, pues, para las empresas que se les desembarace de obstáculos y respetos inoportunos el camino de su especulación; que manden en lo suyo, como únicos dueños, mientras tengan las empresas. Esto bastará á dar al teatro un impulso incalculable. Entonces las empresas, desembarazadas y libres en sus operaciones, marcarán cada día con una mejora, recompensarán mejor á los actores, mezquinamente pagados, y á los poetas, de ninguna manera premiados.

Nada hemos dicho de las mejoras que caben en los actores, porque este mal ya promete quedar en gran parte remediado. El establecimiento de una escuela dramática dirigida por dos de nuestros mejores actores, bajo la inmediata protección de una reina que tanto bien ha venido á hacer á nuestro país, nos hace concebir esperanzas lisonjeras. Hasta ahora se ha creído que bastaba con tener memoria ó apuntador para ser cómico, y aun cómicos hemos conocido que por no saber leer se hacían leer por otros sus papeles para aprenderlos. ¿Díganos si gentes de esta especie son las que pueden verter en la escena las bellezas que no saben ni leer, ni apreciar, y tomar, nuevos Proteos, la forma de todos los caracteres y genios posibles, y enseñar los buenos modales y las buenas costumbres? Nadie necesita hacer estudios más prolijos de la historia del hombre y del corazón humano si ha de ponerse la máscara de todas las pasiones, la apariencia de todas las épocas: nadie necesita tener mejor educación que un actor si ha de ser en las tablas modelo de ella.

¡Qué de pequeños obstáculos podríamos citar aún si nos lo permitiesen los límites que en nuestros folletos nos hemos impuesto! ¡Qué de cosas nos dejamos por decir! Bastaría sin embargo para obviar todos estos pequeños obstáculos que pasamos en silencio, la realización de las mejoras principales que hemos propuesto, y nosotros nos tendríamos con eso solo por muy felices. Desgraciadamente nuestras ideas pasarán como otras muchas que se dicen continuamente y no se oyen.

Verdad es que son cosas que no se pueden acabar en un día ; pero son cosas que nunca se verán acabadas si no se empiezan alguna vez.

Fórmese, pues, el público ; y si otras causas no concurren, como es de desear, á esta instrucción general tan necesaria, tomen sobre sí los que escriben para él tan ardua empresa : más generosos que hasta ahora, no doblen la cerviz al mal gusto : dén la ley, y no la reciban. Reconózcase la propiedad, y séalo el talento ; descárguense los teatros de las inmensas cargas que los abruman ; mejórense los actores, y prémiense generosamente. Vigile una censura juiciosa para que nuestra religión y nuestras leyes sean respetadas de los escritores, pero sin oponer obstáculos jamás á la representación de las obras inocentes. Entonces, nosotros lo afirmamos, entonces tendremos teatro español, entonces el suelo de los Lopes y Calderones, de los Tirsos y los Moretos, volverá á retoñar ingenios : entonces citaremos con orgullo una literatura nuestra y una diversión racional que tienen todos los países cultos, y que nosotros, hasta ahora, hemos dejado perecer al poderoso influjo de una infinidad de concausas ominosas.

Cuando empezamos nuestro número dijimos que creíamos que no se podía presentar ocasión más favorable para exponer á la luz del día estas ideas ; ahora, al concluirle, añadimos que no pudiera ofrecerse mejor coyuntura para lograr su verificación. Nuestra reina, á quien tanto tenemos ya que agradecer, es quien nos inspira esta confianza : su protección decidida á todo lo bueno, un mes glorioso que puede contar más grandezas que tres siglos anteriores, cosas tan grandes que con sólo quererlas ha llevado á cabo, nos hacen esperar que esta reforma que proponemos, y que ofrece tantas dificultades menos, se deberá también algún día á su benéfico impulso.

En el ínterin nos contentamos con desearlo, y poner todos los medios que están á nuestro alcance para cooperar á tan grande obra, y concluimos como concluía don Gutierre de Cárdenas, el parecer que dió á don Fernando el Católico.

«Este, señor, es mi parecer : si acertado, sean á Dios las gracias ; si contra el vuestro, merece perdón mi lealtad : lo que vos determináredes, eso será lo mejor y más acertado.»

## YO QUIERO SER CÓMICO

---

Anch' io son pittore.

**N**o fuera yo Fígaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacara á luz pública cierta visita que no há muchos días tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vueltas sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo á muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones elegiría para un artículo que me correspondía ingerir aquel día en la Revista. Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocía toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está siempre un hombre de buen humor, ó de buen talante para comunicar el suyo á los demás. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque mientras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel cronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pendencias por una sátira más ó menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por más inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado á un joven que me quería hablar indispensablemente.

Pasó adelante el joven haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos é inclinaciones, ó su humor del momento para conformarse prudentemente con él; y dando tormento á los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplecase á mi

vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzadamente sumisa y cariñosa :

— ¿ Es usted el redactor llamado Fígaro ?...

— ¿ Qué tiene usted que mandarme ?

— Vengo á pedirle un favor... ¡ Cómo me gustan sus artículos de usted !

— Es claro... Si usted me necesita...

— Un favor de que depende mi vida acaso... ¡ Soy un apasionado, un amigo de usted !

— Por supuesto... siendo el favor de tanto interés para usted...

— Yo soy un joven...

— Lo presumo.

— Que quiero ser cómico, y dedicarme al teatro...

— ¿ Al teatro ?

— Sí, señor... como el teatro está cerrado ahora...

— Es la mejor ocasión.

— Como estamos en cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearía que usted me recomendase...

— ¡ Bravo empeño ! — ¿ Á quién ?

— Al ayuntamiento.

— ¡ Hola ! ¿ Ajusta el ayuntamiento ?

— Es decir, á la empresa.

— ¡ Ah ! ¿ Ajusta la empresa ?

— Le diré á usted... según algunos, esto no se sabe... pero... para cuando se sepa.

— En ese caso no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...

— Sin embargo, como yo quiero ser cómico...

— Cierto. ¿ Y qué sabe usted ? ¿ Qué ha estudiado usted ?

— ¿ Cómo ? ¿ se necesita saber algo ?

— No ; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor...

— Por eso ; yo no quisiera singularizarme ; siempre es malo entrar con pié en una corporación.

— Ya le entiendo á usted : usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿ Sabe usted el castellano ?

— Lo que usted ve... para hablar, las gentes me entienden...

— Pero la gramática, y la propiedad, y...

— No, señor, no.

— Bien, ¡ eso es muy bueno ! Pero sabrá usted desgraciadamente el latín, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...

— Perdone usted.

— Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá, y podrá verter sus ideas en las tablas.

— Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡ Tan poco favor me hace usted ! Que me caiga muerto aquí si he leído una sola línea de eso, ni he oído hablar tampoco... mire usted...

— No jure usted. ¿ Sabe usted pronunciar con afectación todas las letras de una palabra, y decir unas voces por otras, *actitud* por *aptitud*, y *aptitud* por *actitud*, *diferencia* por *diferencia*, *háyamos* por *hayamos*, *dracmático* por *dramático*, y otras semejantes ?

— Sí, señor, sí, todo eso digo yo.

— Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso. ¿ Aprendió usted historia ?

— No, señor; no sé lo que es.

— Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos...

— Nada, nada, no, señor.

— Perfectamente.

— Le diré á usted... en cuanto á trajes, ya sé que en siendo muy antiguo, siempre á la romana.

— Esto es : aunque sea griego el asunto.

— Sí, señor : si no es tan antiguo, á la antigua francesa ó á la antigua española ; según... ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es más moderno ó del día, levita á la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacón y media en los padres.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! Muy bien.

— Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galán ó á la dama, según el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme á lo que ellos tienen en sus arcas, así...

— ¡ Bravo !

— Porque ellos suelen saberlo.

— ¿ Y cómo presentará usted un carácter histórico ?

— Mire usted : el papel lo dirá, y luégo como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar sólo para desmentirle á uno... además que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros...

— ¡ Ah ! ya... usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no...

— No es gran cosa ; pero eso no es esencial.

— ¿ Y de educación, de modales y usos de sociedad ? ¿ á qué altura se halla usted ?

— Mal ; porque si va á decir verdad, yo soy pobrecillo : yo era escribiente en una mala administración ; me echaron por holgazán, y me quiero meter cómico, porque se me figura á mí que es oficio en que no hay nada que hacer...

— Y tiene usted razón.

— Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté ninguno de ellos.

— Ni conocerá usted el mundo, ni el corazón humano.

— Escasamente.

— ¿ Y cómo representará usted tantos caracteres distintos ?

— Le diré á usted : si hago de rey, de príncipe ó de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro á mis compañeros, mandaré con mucho imperio...

— Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, á ser obedecidos á la menor indicación, mandan poco y sin dar gritos...

— Sí, pero ¡ ya ve usted ! en el teatro es otra cosa.

— Ya me hago cargo.

— Por ejemplo, si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras ó en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza ; daré fuertes golpes en el tablado con mi bastón de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas...

— No se puede hacer más.

— Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes.

— Muy bien.

— Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos brincos y zapatetas, carreritas de piés y lengua, vueltas rápidas y habla ligera... Si hago un barba, andaré á compás, como un juego de escarpías, me temblarán siempre las manos como perlático ó descoyuntado ; y aunque el papel no apunte más de cincuenta años, haré del tarato y decrépito, y



apoyaré mucho la voz con intención marcada en la moraleja, como quien dice á los espectadores: «allá va esto para ustedes.»

—¿Tiene usted grandes calvas para las barbas?

—¡Oh! disformes; tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que ésta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aún para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

—¿Y los graciosos?

—Esto es lo más fácil: estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequín...

—Usted hará furor.

—¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa á aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intención ó lucimiento que en mi parte se presenten.

—¿Y memoria?

—No es cosa la que tengo; y aun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida, se le lanzan de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: ¡Ven ustedes qué hombre!

—Esto es: de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole á usted la relación del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él al tito, tiene el público el placer de oír á un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

—Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relación se dice cualquier tontería, y el público se la ríe. ¡Es tan guapo el público! ¡si usted viera!

—Ya sé ¡ya!

—Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni se enfada, ni menos lo nota. Así es que no hay nada más común que añadir...

—¡Ya se ve, que hacen muy bien! Pues, señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

—¡Vaya! En comedias caseras. He alborotado con el *García* y el *Delincuente honrado*.

— No más, no más; le digo á usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabrás usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es, ó por el verso mas que no entienda siquiera lo que es prosa?

— ¿Pues no tengo de saber, señor? eso lo hace cualquiera.

— ¿Sabrás usted quejarse amargamente, y entablar una querrela criminal contra el primero que se atreva á decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente? ¿sabrás usted decir de los periodistas que quién son ellos para?...

— Vaya si sabré; precisamente ese es el tema nuestro de todos los días. Mande usted otra cosa.

— Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado: «Venga usted acá, mancebo generoso, exclamé todo alborozado; venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comían los hombres bellotas y pacían á su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y del mío. Usted será cómico en fin, ó se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.»

Diciendo estas y otras razones, despedí á mi candidato prometiéndole las más eficaces recomendaciones.

## YA SOY REDACTOR

**P**OR qué extraña fatalidad ha de anhelar el hombre siempre lo que no tiene? Preguntémosle á un joven barbilucio qué desea? ¿Cuándo tendré barbas? exclama en su interior. Nácenle las barbas, y hele allí maldiciendo ya del barbero y de la navaja. ¿Cuándo hallaré en mi Filis correspondencia, le grita en el fondo de su corazón un deseo innato de amar y de ser amado? Ya oyó el sí. ¡Gozó el bien que



deseaba! Y ya maldice del amor y sus espinas. ¿Le prefiere Laura? Pues todo su deseo se cifra en conquistar á Amira que le desprecia. ¿De qué nace esta sed insaciable, este deseo vidior, reemplazado por otros y otros deseos que rápidamente se suceden sin encontrar jamás sino imperfecta satisfacción? El padre Almeida, si mal no me acuerdo, dice entre otras cosas curiosas, y aun lo afianza, que la Providencia quiso poner en nosotros este deseo implacable, para que nos atestiguase eternamente que no hacemos en este mundo transitorio sino una corta peregrinación, y que la satisfacción de nuestros deseos no está en esta vida, sino en otra más perfecta y duradera. Así debe de ser, y cierto que vivimos de todas suertes agradecidos á la previsión y ardiente caridad con que el reverendo padre nos quiso sacar de esta peregrina duda. Yo que no tengo un ápice de metafísico, y que dejo la resolución de estos problemas á aquellos que tienen más noticias ciertas que yo de nuestro destino, me ciño á decir que el deseo existe, y esto basta para mi propósito.

Yo Fígaro, soy de ello una viva prueba: no bien me había tentado el enemigo malo, y sentí los primeros pujos de escritor público, cuando dieron en írseme los ojos tras cada periódico que veía, y era mi pío por mañana y noche: «¿Cuándo seré redactor de periódico?» Figurábaseme, sí, desde luégo obra de romanos el llenar y embutir con verdades luminosas las largas columnas de un papel público; pero en cambio era para mí de la mayor consideración el imaginarme á la cabeza de una sección literaria, recibiendo comunicados atentos y decorosos, viendo diariamente consignadas en indelebles caracteres de imprenta mis propias ideas y las de mis amigos, y sin más trabajo, á mi parecer, que el haber de contar y recontar al fin del mes los sonantes doblones que el público desinteresado tiene la bondad de depositar en cambio de papel en los arcones periodísticos de una empresa, luz y antorcha de la patria, y órgano de la civilización del país.

Dejemos aparte las causas y concausas felices ó desgraciadas que de vicisitud en vicisitud me han conducido al auge de periodista: lo uno porque al público no le importaba probablemente, y lo otro porque á mí mismo podría serme acaso más difícil de lo que á primera vista parece el designarlas. El hecho es que me acosté una noche autor de folletos y de comedias ajenas, y amanecí periodista: miréme de alto abajo,

sorteando un espejo que á la sazón tenía, no tan grande como mi persona, que es hacer el elogio de su pequeñez, y díme á escudriñar detenidamente si alguna alteración notable se habría verificado en mi físico ; pero por fortuna eché de ver que como no fuese en la parte moral, lo que es en la exterior y palpable, tan persona es un periodista como un autor de folletos. *Ya soy redactor*, exclamé alborozado, y écheme á fraguar artículos, bien determinado á triturar en el mortero de mi crítica cuanto malandrín literario me saliese al camino en territorio de mi jurisdicción. Pero ¡ ay de mí ! insensato, que chasco sobre chasco, vivo hoy tan desengañado de periodista como de autor de comedias. Diré brevemente lo que me aconteció, sin descubrir por otra parte los recursos ocultos que mueven la gran máquina de un periódico, ni romper el velo del prestigio que cubre nuestros altares, que eso fuera sobrado é inoportuno desinterés ; y juzgue el lector si no es preferible vivir tranquilamente suscrito á un periódico, que haberle sabia y precipitadamente de componer.

¡ Señor Figaro ! un artículo de teatros. — ¿ De teatros ? Voy allá. — Yo escribo para el público, y el público, digo para mí, merece la verdad : el teatro, pues, no es teatro : la comedia es ridícula : el actor A. es malo, y la actriz H. es peor. ¡ Santo cielo ! Nunca hubiera pensado en abrir mi boca para hablar de teatros. Comunicado á renglón seguido en mi papel y en todos los contemporáneos, en que el autor de la comedia dice que es excelente, y el articulista un *acéfalo* : se conjuran los actores, cierran la puerta del teatro á mis comedias para lo sucesivo, y ponen el grito en los cielos. ¿ Quién es el fatuo que nos critica ? ¡ Pícaro traductor, ladrón, pedante !!! ¿ Y esto logra el pobre amigo de la verdad y de la ilustración ? ¡ Oh qué placer él de ser redactor !

Precipítome huyendo del teatro en la literatura. Un señorón encopetado acaba de publicar una obra indigesta. « Señor redactor, me dice en una carta seductora, confío en el talento de usted y en nuestra amistad, de que le tengo dadas bastantes pruebas (por desgracia suele ser verdad), que hará un juicio crítico de mi obra, imparcial (imparcial llama él á un juicio que le alabe), y espero á usted á comer para que juntos departamos acerca de algunas ideas que convendría indicar, etc., etc. » Resista usted á estas indirectas, y opte usted entre la ingratitud y la mentira. Ambos vicios tienen sus acer-

bos detractores, y unos ú otros se han de ensangrentar en el triste Fígaro. ¡Oh qué placer el de ser redactor!

¡Bueno! Traduciré noticias; al trabajo; corto mi pluma, desenvuelvo el inmenso papel extranjero; ahí van tres columnas.—¿Tres columnas he dicho? Al día siguiente las busco en la Revista, pero inútilmente.—Señor director, ¿qué se hicieron mis columnas?—¡Calle usted, me responde, ahí están; no han servido: esta noticia es inoportuna; es arriesgada: la otra no conviene; aquella de más allá es insignificante; estotra es buena, pero está mal traducida!— Considere usted que es preciso hacer ese trabajo en horas, replico lleno de entusiasmo; el hombre llega á cansarse...— Si usted es hombre que se cansa alguna vez, no sirve usted para periódicos...—Me dolía ya la cabeza...—Al buen periodista nunca le debe doler la cabeza...— ¡Oh qué placer el de ser redactor!

Dejémonos de farrago, yo no sirvo para él. Vaya un artículo profundo; hojeo el Say y el Smith; de economía política será. « Grande artículo, me dice el editor, pero, amigo Fígaro, no vuelva usted á hacer otro.—¿Por qué?— Porque esto es matarme el periódico. ¿Quién quiere usted que le lea, si no es jocoso, ni mordaz, ni superficial? Si tiene además cinco columnas!.. todos se me han quejado; nada de artículos científicos, porque nadie los lee. Perderá usted su trabajo.— ¡Oh qué placer el de ser redactor!

— Encárguese usted de revisar los artículos comunicados, y sobre todo las composiciones poéticas de circunstancias...—Ay, señor editor, pero habrá que leerlas...—Preciso, señor Fígaro...—Ay, señor editor, mejor quiero rezar diez rosarios de quince dieces...—¡ Señor Fígaro!...— ¡Oh qué placer el de ser redactor!

Política y más política. ¿Qué otro recurso me queda? Verdad es que de política no entiendo una palabra. ¿Pero en qué niñerías me paro? ¡Si seré yo el primero que escriba política sin saberla! Manos á la obra; junto palabras y digo: conferencias, protocolos, derechos, representación, monarquía, legitimidad, notas, usurpación, cámaras, cortes, centralizar, naciones, felicidad, paz, ilusos, incautos, seducción, tranquilidad, guerra, beligerantes, armisticio, contraproyecto, adhesión, borrascas políticas, fuerzas, unidad, gobernantes, máximas, sistemas, desquiciadores, revolución, orden, centros, izquierda, modificación, bill, reformas, etc., etc. Ya hice

mi artículo, pero ¡oh cielos! El editor me llama. — Señor Fígaro, usted trata de comprometerme con las ideas que propala en ese artículo...—¿Yo propalo ideas, señor editor? Crea usted que es sin saberlo. Con que ¿tanta malicia tiene?...—Si usted no tiene pulso... — Perdone usted; yo no creí que mi sistema político era tan... yo lo hice jugando... — Pues si nos pára perjuicio, usted será el responsable... — ¿Yo, señor editor? ¡Oh qué placer el de ser redactor!

¡Oh, si esto fuese todo, y si sólo fuera uno responsable, pobre Fígaro, de lo que escribe! Pero ¡ay! tocamos á otro inconveniente; supongo yo que no apareció el autor necio, ni el actor ofendido, ni disgustó el artículo, sino que todo fué dicha en él. ¿Quién me responde de que algún maldito yerro de imprenta no me hará decir disparate sobre disparate? ¿Quién me dice que no se pondrá *Camellos* donde yo puse *Comellas*, *torner* donde escribí yo *Fornier*, *ritómico* donde *rítmico*, y otros de la misma familia? ¿Será preciso imprimir yo mismo mis artículos? ¡Oh qué placer el de ser redactor! ¡Santo cielo! ¿Y yo deseaba ser periodista? Confieso como hombre débil, lector mío, que nunca supe lo que quise; juzga tú por el largo cuento de mis infortunios periodísticos, que mucho procuré abreviarte, si puedo y debo con sobrada razón exclamar ahora que ya lo soy: ¡Oh qué placer el de ser redactor!

## DON TIMOTEO Ó EL LITERATO

---

**G**ENUS *irritabile vatium* ha dicho un poeta latino. Esta expresión bastaría á probarnos que el amor propio ha sido en todos tiempos el primer amor de los literatos, si hubiésemos menester más pruebas de esta incontestable verdad que la simple vista de los más de esos hombres que viven entre nosotros de literatura. No queremos decir por esto que sea el amor propio defecto exclusivo de los que por su talento se distinguen: generalmente se puede asegurar que

no hay nada más temible en la sociedad que el trato de las personas que se sienten con alguna superioridad sobre sus semejantes. ¿Hay cosa más insoportable que la conversación y los dengues de la hermosa que lo es á sabiendas? Mírela usted á la cara tres veces seguidas; diríjala usted la palabra con aquella educación, deferencia ó placer que difícilmente pueden dejar de tenerse hablando con una hermosa; ya le cree á usted su *don Amadeo*, ya le mira á usted como quien le perdona la vida. Ella sí, es amable, es un modelo de dulzura; pero su amabilidad es la afectada mansedumbre del león, que hace sentir de vez en cuando el peso de sus garras; es pura compasión que nos dispensa.

Pasemos de la aristocracia de la belleza á la de la cuna. ¡Qué amable es el señor marqués, qué despreocupado, qué llano! Vedle con el sombrero en la mano, sobre todo para sus inferiores. Aquella llaneza, aquella deferencia, si ahondamos en su corazón, es una honra que cree dispensar, una limosna que cree hacer al plebeyo. Trate éste diariamente con él, y al fin de la jornada nos dará noticias de su amabilidad: ocasiones habrá en que algún manoplazo feudal le haga recordar con quien se las há.

No hablemos de la aristocracia del dinero, porque si alguna hay falta de fundamento es ésta: la que se funda en la riqueza, que todos pueden tener: en el oro, de que solemos ver henchidos los bolsillos de éste ó de aquél alternativamente, y no siempre de los hombres de más mérito; en el dinero, que se adquiere muchas veces por medios ilícitos, y que la fortuna reparte á ciegas sobre sus favoritos de capricho.

Si algún orgullo hay, pues, disculpable, es el que se funda en la aristocracia del talento, y más disculpable ciertamente donde es á toda luz más fácil nacer hermosa, de noble cuna, ó adquirir riqueza, que lucir el talento que nace entre abrojos cuando nace, que sólo acarrea sinsabores, y que se encuentra aisladamente encerrado en la cabeza de su dueño como en callejón sin salida. El estado de la literatura entre nosotros, y el heroísmo que en cierto modo se necesita para dedicarse á las improductivas letras, es la causa que hace á muchos de nuestros literatos más insoportables que los de cualquiera otro país: añádese á este el poco saber de la generalidad, y de aquí se podrá inferir que entre nosotros el literato es una especie de oráculo que, poseedor único de su se-

creto y solo iniciado en sus misterios recónditos, emite su opinión oscura con voz retumbante y hueca, subido en el trípode que la general ignorancia le fabrica. Charlatán por naturaleza, se rodea del aparato ostentoso de las apariencias, y es un cuerpo más impenetrable que la célebre cuña de la milicia romana. Las bellas letras, en una palabra, el saber escribir es un oficio particular que sólo profesan algunos, cuando debiera constituir una pequeñísima parte de la educación general de todos.

Pero, si atendidas estas breves consideraciones es el orgullo del talento disculpable porque es el único modo que tiene el literato de cobrarse el premio de su afán, no por eso autoriza á nadie á ser en sociedad ridículo, y este es el extremo por donde peca don Timoteo.

No hace muchos días que yo, que no me precio de gran literato, yo, que de buena gana prescindiría de esta especie de apodo, si no fuese preciso que en sociedad tenga cada cual el suyo, y si pudiese tener otro mejor, me ví en la precisión de consultar á algunos literatos con el objeto de reunir sus diversos votos y saber qué podrían valer unos opúsculos que me habían traído para que diese yo sobre ellos mi opinión. Esto era harto difícil en verdad, porque, si he de decir lo que siento, no tengo fijada mi opinión todavía acerca de ninguna cosa, y me siento medianamente inclinado á no fijarla jamás: tengo mis razones para creer que este es el único camino del acierto en materias opinables: en mi entender todas las opiniones son peores; permítaseme esta manera de hablar anti-gramatical y antilógica.

Fuíme, pues, con mis manuscritos debajo del brazo (circunstancia que no le importará gran cosa al lector) deseoso de ver á un literato, y me pareció deber salir para esto de la atmósfera inferior donde pululan los poetas noveles y lampiños, y dirigirme á uno de esos literatazos abrumados de años y de laureles.

Acerté á dar con uno de los que tienen más sentada su reputación. Por supuesto que tuve que hacer una antesala digna de un pretendiente, porque una de las cosas que mejor se saben hacer aquí es esto de antesalas. Por fin tuve el placer de ser introducido en el oscuro santuario.

Cualquiera me hubiera hecho sentar; pero don Timoteo me recibió en pié, atendida sin duda la diferencia que hay



entre el literato y el hombre. Figúrense ustedes un sér enteramente parecido á una persona ; algo más encorvado hacia el suelo que el género humano, merced sin duda al hábito de vivir inclinado sobre el bufete ; mitad sillón, mitad hombre ; entrecejo arrugado ; la voz más hueca y campanuda que la de las personas ; las manos *mitj* y *mitj*, como dicen los chuferos y valencianos, de tinta y tabaco ; gran autoridad en el decir ; mesurado compás de frases ; vista insultantemente curiosa, y que oculta á su interlocutor por una rendija que le dejan libres los párpados fruncidos y casi cerrados, que es manera de mirar sumamente importante y como de quien tiene graves cuidados ; los anteojos encaramados á la frente, calva, hija de la fuerza del talento ; y gran balumba de papeles revueltos y libros confundidos que bastaran á dar una muestra de lo coordinadas que podía tener en la cabeza sus ideas ; una caja de rapé y una petaca : los demás vicios no se veían. Se me olvidaba decir que la ropa era adrede mal hecha, afectando desprecio de las cosas terrenas, y todo el conjunto no de los más limpios, porque éste era de los literatos rezagados del siglo pasado, que tanto más profundos se imaginaban cuanto menos aseados vestían. Llegué, le ví, dije : este es un sabio.

Saludé á don Timoteo y saqué mis manuscritos.

—¡Hola! me dijo ahuecando mucho la voz para pronunciar.

—Son de un amigo mío.

—¿Sí? me respondió. ¡Bueno! ¡Muy bien! Y me echó una mirada de arriba abajo por ver si descubría en mi rostro que fuesen míos.

—¡Gracias! repuse, y empezó á hojearlos.

—«Memoria sobre las aplicaciones del vapor.»

—¡Ah! esto es acerca del vapor, ¿eh? Aquí encuentro ya... Vea usted... aquí falta una coma : en esto soy muy delicado. No hallará usted en Cervantes usada la voz *memoria* en este sentido ; el estilo es duro, y la frase es poco robusta... ¿Qué quiere decir *presión* y... ?

—Sí ; pero acerca del vapor... porque el asunto es saber si...

—Yo le diré á usted ; en una oda que yo hice allá cuando muchacho, cuando uno andaba en esas cosas de literatura... dije... cosas buenas...

—Pero, ¿qué tiene que ver... ?

—¡ Oh ! ciertamente ¡ oh ! bien, me parece bien. Ya se ve ; estas ciencias exactas son las que han destruído los placeres de la imaginación : ya no hay poesía.

—¿ Y qué falta hace la poesía cuando se trata de mover un barco, señor don Timoteo ?

—¡ Oh ! cierto... pero la poesía... amigo... ¡ oh ! aquellos tiempos se acabaron. Esta... ya se ve... estará bien, pero debe usted llevarlo á un físico, á uno de esos...

—Señor don Timoteo, un literato de la fama de usted tendrá siquiera ideas generales de todo, demasiado sabrá usted...

—Sin embargo... ahora estoy escribiendo un tratado completo con notas y comentarios, míos también, acerca de quién fué el primero que usó el asonante castellano.

—¡ Hola ! Debe usted darse prisa á averiguarlo : esto urge mucho á la felicidad de España y á las luces... Si usted llega á morir, nos quedamos á buenas noches en punto á asonantes... y...

—Sí, y tengo aquí una porción de cosillas que me traen á leer ; no puedo dar salida á los que... ¡ Me abruman á consultas... ! ¡ Oh ! estos muchachos del día salen tan... ¡ Oh ! ¿ Usted habrá leído mis poesías ? Allí hay algunas cosillas...

—Sí ; pero un sabio de la reputación de don Timoteo habrá publicado además obras de fondo y...

—¡ Oh ! no se puede... no saben apreciar... ya sabe usted... á salir del día... Sólo la maldita afición que uno tiene á estas cosas...

—Quisiera leer con todo lo que usted ha publicado : el género humano debe estar agradecido á la ciencia de don Timoteo... Dícteme usted los títulos de sus obras. Quiero llevarme una apuntación.

—¡ Oh ! ¡ Oh !

—¿ Qué especie de animal es este, iba yo diciendo ya para mí, que no hace más que lanzar monosílabos y hablar despacio, alargando los vocablos y pronunciando más abiertas las *oes* y las *oes*.

Cogí sin embargo una pluma y un gran pliego de papel presumiendo que se llenaría con los títulos de las luminosas obras que habría publicado durante su vida el célebre literato don Timoteo.

—Yo hice, empezó, una oda á la *continencia*... ya la conocerá usted... allí hay algunos versucillos.

—*Continencia*, dije yo repitiendo. Adelante.

—En los periódicos de entonces puse algunas anacreónticas; pero no con mi nombre.

—*Anacreónticas*; siga usted; vamos á lo gordo.

—Cuando los franceses, escribí un folletito que no llegó á publicarse... ¡ como ellos mandaban !

—*Folletito* que no llegó á publicarse.

—He hecho una oda al Huracán y una silva á Filis.

—*Huracán Filis*.

—Y una comedia que medio traduje de cualquier modo; pero como en aquel tiempo nadie sabía francés, pasó por mía: me dió mucha fama. Una novelita traduje también...

—¿ Qué más ?

—Ahí tengo un prólogo empezado para una obra que pienso escribir, en el cual trato de decir modestamente que no aspiro al título de sabio: que las largas convulsiones políticas que han conmovido á la Europa y á mí á un mismo tiempo, las intrigas de mis émulos, enemigos y envidiosos, y la larga carrera de infortunios y sinsabores en que me he visto envuelto y arrastrado juntamente con mi patria, han impedido que dedicara mis ocios al cultivo de las musas; que habiéndose luégo el Gobierno acordado y servídose de mi poca aptitud en circunstancias críticas, tuve que dar de mano á los estudios amenos que reclaman soledad y quietud de espíritu, como dice Cicerón; y en fin, que en la retirada de Vitoria perdí mis papeles y manuscritos más importantes; y sigo por ese estilo...

—Cierto... Ese prólogo debe darle á usted extraordinaria importancia.

—Por lo demás, no he publicado otras cosas...

—Con que una oda y otra oda, dije yo recapitulando, y una silva, anacreónticas, una traducción original, un folletito que no llegó á publicarse, y un prólogo que se publicará...

—Eso es. Precisamente.

Al oír esto no estuvo en mí tener más la risa, despedíme cuanto antes pude del sabio don Timoteo, y fuíme á soltar la carcajada al medio del arroyo á todo mi placer.

—¡ Por vida de Apolo ! salí diciendo. ¿ Y es este don Timoteo ? ¿ Y cree que la sabiduría está reducida á hacer anacreón-

ticas? ¿Y porque ha hecho una oda le llaman sabio? ¡Oh reputaciones fáciles! ¡Oh pueblo bondadoso!

¿Para qué he de entretener á mis lectores con la poca diversidad que ofrece la enumeración de las demás consultas que en aquella mañana pasé? apenas encontré uno de esos célebres literatos, que así pudiera dar su voto en poesía como en legislación, en historia como en medicina, en ciencias exactas como en... Los literatos aquí no hacen más que versos, y si algunas excepciones hay, y si existen entre ellos algunos de mérito verdadero que de él hayan dado pruebas positivas, no son excepciones suficientes para variar la regla general.

¿Hasta cuándo, pues, esa necia adoración á las reputaciones usurpadas? Nuestro país ha caminado más de prisa que esos literatos rezagados; recordamos sus nombres que hicieron ruido cuando, más ignorantes, éramos los primeros en aplaudirlos; y seguimos repitiendo siempre como papagayos: *Don Timoteo es un sabio*. ¿Hasta cuándo? Presenten sus títulos á la gloria y los respetaremos y pondremos sus obras sobre nuestra cabeza. ¿Y al paso que nadie se atreve á tocar á esos sagrados hombres que sólo por antiguos tienen mérito, son juzgados los jóvenes que empiezan con toda la severidad que aquellos merecerían? El más leve descuido corre de boca en boca; una reminiscencia es llamada robo; una imitación plagio, y un plagio verdadero intolerable desvergüenza. Esto en tierra donde hace siglos que otra cosa no han hecho sino traducir nuestros más originales hombres de letras.

Pero volvamos á nuestro don Timoteo. Háblesele de algún joven que haya dado alguna obra. No lo he leído... ¡Como no leo esas cosas! exclama. Hable usted de teatros á don Timoteo.—No voy al teatro; eso está perdido... porque quieren persuadirnos de que estaba mejor en su tiempo; nunca verá usted la cara del literato en el teatro. Nada conoce, nada lee nuevo; pero de todo juzga, de todo hace ascos.

Veamos á don Timoteo en el Prado; rodeado de una pequeña corte que á nadie conoce cuando va con él: vean ustedes cómo le oyen con la boca abierta; parece que le han sacado entre todos á paseo para que no se acabe entre sus investigaciones acerca de la ruina que á nadie le importa. ¿Habló don Timoteo? ¡Qué algazara y qué aplausos! ¿Se sonrió don Timoteo? ¿Quién fué el dichoso que le hizo desplegar los

labios? ¿Lo dijo don Timoteo, el sabio autor de una oda olvidada ó de un ignorado romance? Tuvo razón don Timoteo.

Haga usted una visita á don Timoteo : en buena hora; pero no espere usted que se la pague. Don Timoteo no visita á nadie. ¡Está tan ocupado! El estado de su salud no le permite usar de cumplimientos; en una palabra, no es para don Timoteo la buena crianza.

Veámosle en sociedad. ¡Qué aire de suficiencia, de autoridad, de supremacía? Nada le divierte á don Timoteo. ¡Todo es malo! Por supuesto que no baila don Timoteo, ni habla don Timoteo, ni ríe don Timoteo, ni hace nada don Timoteo de lo que hacen las personas. Es un eslabón roto en la cadena de la sociedad.

¡ Oh sabio don Timoteo ! ¡ Quién me diera á mí hacer una mala oda para echarme á dormir sobre el colchón de mis laureles; para hablar de mis afanes literarios, de mis persecuciones y de las intrigas y revueltas de los tiempos; para hacer ascos de la literatura; para recibir á las gentes sentado; para no devolver visitas; para vestir mal; para no tener que leer; para decir del alumno de las musas que más haga: « es un mancebo de dotes muy recomendables, es mozo que promete; » para mirarle á la cara con aire de protección y darle alguna suave palmadita en la mejilla, como para comunicarle por medio del contacto mi saber; para pensar que el que hace versos, ó sabe dónde han de ponerse las comas, y cuál palabra se halla en Cervantes, y cuál no, ha llegado al *summum* del saber humano; para llorar sobre los adelantos de las ciencias útiles; para tener orgullo y amor propio; para hablar pedantesco y ahuecado; para vivir en contradicción con los usos sociales; para ser en fin ridículo en sociedad sin parecérselo á nadie !

---

## LA POLÉMICA LITERARIA

---

... á Madrid la république des lettres était celle des loups, toujours armés les uns contre les autres; et livrés au mépris où ce visible acharnement les conduit, tous les insectes, les moustiques, les cousins, les critiques, les maringouins, les envieux, les feullistes, les libraires, les censeurs, et tout ce qui s'attache à la peau des malheureux gens de lettres, achevait de déchiqueter et de sucer le peu de substance qui leur restait.

BEAUMARCHAIS: *Le Barbier de Séville*,  
act. 1.

MUCHOS son los obstáculos que para escribir encuentra entre nosotros el escritor, y el escritor sobre todo de costumbres que funda sus artículos en la observación de los diversos caracteres que andan por la sociedad revueltos y desparramados: si hace un artículo malo, ¿quién es él, dicen, para hacerle bueno? Y si le hace bueno, *será traducido*, gritan á una voz sus amigos. Si huyó de ofender á nadie, son pálidos sus escritos, no hay chiste en ellos ni originalidad; si observó bien, si hizo resaltar los colores, y si logra sacar á los labios de su lector tal cual picante sonrisa, «es un payaso,» exclaman, como si el toque del escribir consistiera en escribir serio; si le ofenden los vicios, si rebosa en sus renglones la indignación contra los necios, si los malos escritores le merecen tal cual varapalo, «es un hombre feroz, á nadie perdona. ¡Jesús, qué entrañas!» ¡Habría pícaro que no quiere que escribamos disparates! ¿Dibujó un carácter, y tomó para ello toques de éste y de aquél, formando su bello ideal de las calidades de todos? ¡Qué picarillo, gritan, cómo ha puesto á don fulano! ¿Pintó un avaro como hay ciento? Pues ese es don Cosme, gritan todos, el que vive aquí á la vuelta.—Y no se

desgañite para decirle al público:—«Señores, que no hago retratos personales, que no critico á uno, que critico á todos. Que no conozco siquiera á ese don Cosme.»—¡Tiempo perdido! Que el artículo está hecho hace dos meses, y don Cosme vino ayer.—Nada.—Que mi avaro tiene peluca y don Cosme no la gasta.—¡Ni por esas!—Púsole peluca, dicen, para desorientar; pero es él.—Que no se parece á don Cosme en nada.—No importa; es don Cosme, y se lo hacen creer todos á don Cosme por ver si don Cosme le mata; y don Cosme, que es caviloso, es el primero á decir: «ese soy yo.» Para esto de entender alusiones nadie como nosotros.

¿Consistirá esto en que los criticados que se reconocen en el cuadro de costumbres se apresuran á echar el muerto al vecino para descartarse de la parte que á ellos les toca? ¡Quién sabe! Confesemos de todos modos que es pícaro oficio el de escritor de costumbres.

Con estas reflexiones encabezamos nuestro artículo de hoy, porque, no nos perdone Dios nuestros pecados, si no creemos que antes de llegar al último renglón han de haber encontrado nuestros perspicaces lectores el original del retrato que no hacemos. Como cosa de las doce serían cuando cavilaba yo ayer acerca del modo de urdir un artículo bueno que gustase á todos los que le leyesen, y encomendábame á toda priesa, con más fe que esperanza, á santa Rita, abogada de imposibles, para que me deparase alguna musa acomodaticia, la cual me enviase inspiraciones cortadas á medida de todo el mundo. Pedíale un modo de escribir que ni fuese serio, ni jocoso, ni general, ni personal, ni largo, ni corto, ni profundo, ni superficial, ni alusivo, ni indeterminado, ni sabio, ni ignorante, ni culto ni trivial; una quimera, en fin, y pedíale de paso un buen original francés de donde poder robar aquellas ideas que buenamente no suelen ocurrírseme, que son las más, y una baraja completa de trasposiciones felices, de estas que el diablo mismo que las inventó no entiende, y que por consiguiente no comprometen al que las escribe... Pero estoy por mí que no debía de hacer más caso de mis oraciones la santa que el que hacen los cómicos de los artículos de teatros, porque ni venía musa, ni acertaba á escribir un mal disparate que pudiese dar contento á necios y á discretos. Mesábame las barbas, y renegaba de mi mal cortada pluma, que siempre ha de pinchar, y de mi lengua que siempre ha de

maldecir, cuando un cariacontecido mozalbete con cara de literato, es decir, de envidia, se me presentó, y mirándome zaino y torcido, como quien no camina derecho ni piensa hacer cosa buena, díjome entre uno y otro piropo, que yo eché en saco roto, cómo tenía que consultarme y pedirme consejos en materias graves.

Invitéle á que se sentara, lo cual hizo en la punta de una silla, como aquel que no quería abusar de mi buena crianza, poniendo su sombrero debajo de una mesa á modo de florero ó de escupidera.

—¿Y qué es el caso? le pregunté; porque ha de advertir el lector que yo me perezco por los diálogos.

—¿Qué ha de ser, señor Fígaro, sino que yo he puesto un artículo en un periódico, y no bien le había leído impreso, cuando zás, ya me han contestado?

—¡Oh! Son muy bien criados los periodistas, le dije: no saben lo que es dejar á un hombre sin contestación.

—Sí, señor; pero de buenas á primeras, y sin pedirme mi parecer, dan en la flor de decirme que es mi artículo un puro disparate. Es el caso que yo también quiero contestar, porque ¿qué dirá el mundo, y sobre todo la Europa, si yo no contesto?

—Cierto: no se piensa en otra cosa en el día sino en Portugal y en su artículo de usted.

—Ya se ve: y como usted entiende de achaque de contestaciones, y de cómo se lleva por aquí eso de polémica literaria, vengo á que me endilgue usted, sobre poco más ó menos, cuatro consejos oportunos, de modo que la materia en cuestión se dilucide, se entere el público de quién tiene razón, y quede yo encima, que es el objeto.

—¿Y de qué habla el artículo?

—Le diré á usted: de nada: el hecho es que en la cuestión no nos entendemos ni él ni yo, porque como la mitad de las cosas que podrían decirse en la materia, uno y otro las ignoramos, y la otra mitad no se puede decir...

—Sí... pues eso es muy fácil... ¿pero trata de...?

—De tabacos, sí, señor. Con que yo quisiera que usted me indicase todos los hombres que han tenido que ver con tabacos desde Nicot que los descubrió hasta Tissot, por lo menos, que está contra su uso. Con la vasta erudición que usted me va á proporcionar yo haré trizas á mi contrario...



—¡Ay amigo, le interrumpí, y qué poco entiende usted de polémica literaria! En primer lugar, para disputar de una materia lo primero que usted debe procurar es ignorarla de pe á pa. ¿Qué quiere usted? así corren los tiempos. En segundo lugar, ¿usted sabe quién es el autor del artículo contra usted?

—¿Y qué falta hace para aclarar la cuestión al público saber quién sea el autor del artículo?

—¿Hombre, usted está en el cristus de la polémica literaria del país! ¿De dónde viene usted? Usted no lee. En vez de buscar libros que confirmen la opinión de usted, la primera diligencia que ha de hacer es saber quién es el autor del artículo contrario.

—Bueno: pues ya lo sé. Pero el caso no es ese, sino que un periódico dice que mi artículo es malo.

—Calle usted. Somos felices.

—Yo pensaba dar razones y probar...

—No, señor, no pruebe usted nada. ¿Usted se quiere perder? Diga usted, ¿qué señas tiene el adversario de usted? ¿Es alto?

—Mucho; se pierde de vista.

—¿Tendrá seis piés?

—Más, más: hágale usted más favor... pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestión de tabacos?

—¿No ha de tener? Empiece usted diciendo que su artículo de usted es bueno: primero porque él es alto.

—¡Hombre!

—Calle usted. ¿Ha escrito algunas obras?

—Sí, señor: en el año 97 escribió una comedia que no valía gran cosa.

—Bravo: añada usted que usted entiende mucho de tabacos, fundado en que él hizo el año 97 una comedia...

—Pero, señor, haremos reír al público...

—No tenga usted cuidado: el público se morirá de risa, y la palestra queda por el que hace reír. ¿Qué más tiene el adversario? ¿Tiene alguna berruga en las narices, tiene moza, debe á alguien, ha estado en la cárcel alguna vez, gasta peluca, ha tenido opinión nula?...

—Algo, algo hay de eso.

—Pues bien: á él: la opinión, la berruga: duro en sus defectos. ¿Qué entenderá él de achaque de tabacos, si escribió

en los periódicos de entonces, y si el año 8 jugaba á la pizpigaña ó á la pata coja?

—¿Pero adónde vamos á parar?...

—Á la tetilla izquierda, señor: usted no se desanime: ¿le coge usted en un plagio? El texto en los hocicos, el original, y ande. ¿Sabe usted algún cuento? á contársele.

—¿Y si no vienen á pelo los cuentos que yo sé?

—No importa; usted hará reir, y ese es el caso. ¿Dice él que usted se equivoca una vez? Dígale usted que él se equivoca ciento, y pata. Usted es una tal; y usted es más: este es el modo.

—Pero, señor Fígaro, ¿y dónde dejamos ya la cuestión de tabacos?

—¿Y á usted qué le importa ni á nadie tampoco? Déjela usted que viaje. Por fin, luégo que usted haya agotado todos los recursos de la personalidad, concluya usted apelando al público y diciendo que él sabrá apreciar la moderación de usted en la cuestión presente: que se retira usted de la polémica: en primer lugar, porque ha probado suficientemente su opinión acerca de tabacos con las poderosas razones antedichas de la estatura, de la berruga, de la comedia del año 97, de las deudas y de la opinión del adversario; y en segundo lugar, porque habiendo usado el contrario de mala fe y de indecorosas personalidades (y eso dígalo usted aunque sea mentira), de que usted no se siente capaz en atención á que usted respeta mucho al público respetable, la polémica se ha hecho asquerosa é interminable. Aquí dice usted una gracia ó dos, si puede, acerca del mayor número de suscripciones que reúne el periódico en que usted escribe, que es razón concluyente, y que le piquen á usted moscas.

—Señor Fígaro, ese plan será bueno; mas yo le encuentro el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tienen la literatura y los literatos, en vez de darnos honor unos á otros nos damos mutuamente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares, y nos hacemos el hazme-reir del público..., y á mí me da vergüenza...

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¿Ahora salimos en que tiene usted vergüenza!... y.... ¡voto va! Díjéralo usted al principio. Usted es incorregible. Pues, amigo, voy á concluir: hace muchos años que ando por este mundo, y las más de las polémicas que he visto se han decidido por ese estilo. Fuera, pues, razo-

nes, señor mío : látigo y más látigo: no sé qué sabio ha dicho que las más de las cuestiones son cuestiones de nombre: aquí, amigo mío, las más son cuestiones de personas.—Y con esto despedí á mi cliente, quien no sé si habrá aprovechado mis consejos. Una cosa tan sólo le supliqué al salir por el umbral de mi puerta.—Si acaso, le dije, oye usted decir á las gentes cuando le vean por el mundo: «ahí va el cliente de Fígaro, ese es el del artículo,»—no lo creo, responda usted: el cliente de Fígaro es un ente ideal que tiene muchos retratos en esta sociedad, pero que no tiene original en ninguna.

## REPRESENTACIÓN

DE

# LA CONJURACIÓN DE VENECIA

AÑO 1310

*Drama histórico en cinco actos y en prosa*

DE D. FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA



**N**o necesitamos remontarnos al origen del teatro para combatir la vana preocupación de los preceptistas que han querido reducir á la tragedia, propiamente llamada así, y á la comedia de costumbres ó de carácter el arte dramático. La razón natural puede guiarnos mejor. Con respecto á la comedia sea en buen hora el espejo de la vida, la fiel representación de los extravíos, de los vicios ridículos del hombre. Pero con respecto á todo lo que no es comedia, examinemos un momento cuál puede ser el objeto del teatro. En todos los pueblos conocidos debe éste su origen al orgullo nacional, que podríamos llamar el amor propio de los pueblos. La vida de sus antiguos héroes, y el recuerdo de sus hazañas, fué en Grecia el primer objeto del teatro. En un pueblo constituido como el griego, que se suponía hijo de dioses y

semidioses, los primeros dramas debieron participar de esta grandeza y sublimidad á que debían su origen. No eran los hombres, ni sus pasiones, ni los sucesos hijos de ellas, los representados: eran acciones sobrenaturales las que formaban el argumento, y el cielo y la fatalidad eran su máquina principal. ¿Qué mucho, pues, que los preceptistas, que de aquellos modelos deducían las reglas, fijasen para este género, no pudiendo concebir otro, la precisa condición de que no hablasen en la tragedia sino héroes y príncipes casi divinos, y de que hablasen en aquel lenguaje que sólo á ellos podía convenir? Entiéndese esto fácilmente. Pero, cuando destruidas las antiguas creencias, no se pudo ver en los reyes sino hombres entronizados, y no dioses caídos, no se comprende cómo pudo subsistir la tragedia heroica aristotélica. Para los pueblos modernos no concebimos esa tragedia, verdadera adulación literaria del poder. Por otra parte, ¿son por ventura los reyes y los príncipes los únicos capaces de pasiones? No sólo es este un error, sino que, limitando á tan corto círculo el dominio de la representación teatral, frústrase su objeto principal. Los hombres no se afectan generalmente sino por simpatías: mal puede, pues, aprovechar el ejemplo y el escarmiento de la representación el espectador que no puede suponerse nunca en las mismas circunstancias que el héroe de una tragedia. Estas verdades, generalmente sentidas, si no confesadas, debieron dar lugar á un género nuevo para los preceptistas rutineros; pero que es en realidad el único género que está en la naturaleza. La historia debió ser la mina beneficiable para los poetas, y debió nacer forzosamente el drama histórico. Nuestros poetas, que no sufrieron más inspiraciones que las de su genio independiente, no hicieron más que dos clases de dramas: ó comedias de costumbres y carácter, como *El Embustero* de Alarcón, y *El Desdén* de Lope y Moreto, ó dramas históricos, como *El Ricohombre* y *El García*. Á este género, fiel representación de la vida, en que se hallan mezclados como en el mundo reyes y vasallos, grandes y pequeños, intereses públicos y privados, pertenece *La Conjuración de Venecia*. Todo lo más á que está obligado el poeta es á hacer hablar á cada uno, según su esfera, el lenguaje que le es propio, y resultará indudablemente doble efecto de esta natural variedad; tanto más, cuanto que el lenguaje del corazón es el mismo en las clases todas, y que las

pasiones igualan á los hombres que su posición aparta y diversifica.

Venecia, ese fenómeno en política, esa excepción rarísima entre los Gobiernos, esa ciudad prodigiosa hasta en su existencia y construcción, que esclavizó por tantos años los mares, y que fué la primera esclava de sí misma, presenta un campo de larga y fecunda recolección para el historiador y el poeta. El imperio del terrorismo, por tantos años triunfante contra las leyes de la naturaleza, ofrece argumentos repetidos de singular efecto teatral, y el autor, al escoger la célebre conjuración de 1310, no hace sino dar una prueba del tino que le distingue. El Gobierno aristocrático de Venecia, reducido á un corto número de familias patricias, debía dar lugar á conjuraciones continuas: el pueblo oprimido no podía menos de aspirar á reconquistar sus derechos usurpados; y el recelo y la desconfianza, inseparables compañeros de la injusticia y la tiranía, debían hacer cruel al poder. De aquí el atroz sistema inquisitorial, que ahogaba en el patíbulo, según la expresión del señor Martínez, las mismas quejas. Razones de alta política impelieron al embajador de Génova á proteger aquella famosa conspiración. Ábrese la escena en su casa, donde se reúnen los principales conjurados á convenir en los medios de derribar la tiranía oligárquica de Venecia durante su famoso carnaval: la libertad y confusión de esta temporada de alegría y festividad parecen prestarse á las ocultas maquinaciones de los conjurados. El primer acto, pues, no es más que la exposición del drama, y en él se deja traslucir ya que ha de ser el protagonista el joven Rugiero, huérfano, de padres y patria desconocidos, pero veneciano por posición y afecto. En el segundo acto aparece el panteón de la familia de Morosini, á cuya cabeza se hallan dos hermanos, Pedro, primer presidente del tribunal de los diez, y Juan, senador. Pedro conversa con sus espías acerca de una conjuración que sabe tramarse contra la república, y Rugiero es uno de los conjurados acechados. Un rumor extraño interrumpe su conversación; ocúltase, y sobreviene la joven Laura, hija del senador Morosini: casada en secreto con Rugiero, viene á esperarle al panteón, donde le ve sigilosamente por tercera vez: en esta escena, Rugiero confía parte de la conjuración á su amada; uno de los espías apaga la lámpara que los ilumina, y en medio de la oscuridad se apoderan los satélites del

tribunal, del joven conjurado, cayendo privada de sentido la infeliz esposa. Laura se halla trasladada á su habitación á principios del tercer acto sin saber por qué medio: dudosa de la suerte de su esposo, determina confiar el fatal secreto de su boda á Morosini en una escena llena de sentimiento y de interés: el cariñoso padre, después de perdonar su extravío, le promete emplear su favor en salvar á Rugiero, proyecto que pone por obra con su implacable hermano, del cual sólo consigue esta atroz respuesta: «Dí sólo una cosa, pregunta Juan Morosini, ¿vive Rugiero?—Vive.—¡Gracias á Dios!—¡Pero no lo digas á tu hija!—¿Por qué?—*Porque tendría que llorarle dos veces.*»

La plaza de San Marcos, centro de la pública diversión del carnaval, es el lugar de escena del cuarto acto. Vense varios conjurados disfrazados y repartidos entre la multitud, que esperan el momento de las doce. Nada más ingenioso, ni más dramático, que un acto entero transcurrido en la descripción de la algarazara del carnaval, cuando espera el espectador entre angustias mortales ver estallar de un momento á otro la revolución y la muerte entre la misma alegría indolente y confiada de un pueblo enloquecido. Suenan las doce, y al grito de *Venecia y libertad*, grito que encontró grandes simpatías en nuestro público, estalla la conjuración, lucen los aceros, y suceden gritos de muerte á los cantos de regocijo. La república ha tomado sin embargo medidas preventivas: Rugiero preso no ha podido acudir con sus tropas, y triunfa el Gobierno. «¡Al tribunal, al tribunal los que escapen con vida!» clama ferozmente el presidente Morosini, triunfante en la plaza de San Marcos y tendidos ya á sus piés, muertos ó heridos, varios conjurados.

El tribunal de los diez, juzgando á los reos, se presenta en el quinto acto. Tómanse declaraciones; Laura es interrogada, pero su razón está perturbada, y sólo pregunta por su esposo; Rugiero es juzgado; y en su interrogatorio reconoce en él el presidente Morosini, que ha de condenarle, á su hijo. Privado de sentido á tan atroz reconocimiento, retírase del tribunal: es condenado Rugiero: en el momento de ir al patíbulo, Laura se arroja á su encuentro. «¡Ya estás aquí!» exclama: frenética alegría se pinta en su semblante; sepáranla sin embargo de su esposo, y la infeliz «¿dónde te llevan?» exclama. De allí á un momento ve la desdichada el patíbulo:

entonces sabe qué es de su esposo. «¡Jesús mil veces!» grita desfavorida, cae exánime, y baja el telón á ocultar tan espantoso desenlace.

El plan está superiormente concebido; el interés no decae un solo punto, y se sostiene en todos los actos por medios sencillos, verosímiles, indispensables: insistimos en llamarlos indispensables, porque esta es la perfección del arte. No basta que los sucesos hayan podido suceder de tal modo; es forzoso, para que el espectador no se distraiga un momento del peligro, que no hayan podido suceder de otro modo, sentadas las primeras condiciones del argumento. La exposición hecha por medio del embajador de Génova, que dicta una nota á su Gobierno, es nueva é ingeniosa, de puro natural. Una conjuración contra la tiranía creará siempre en el teatro el mayor interés, por lo mismo que es difícil prever su éxito, y que éste se desea feliz. Supone el mayor conocimiento dramático el hacer declarar á Rugiero su conjuración cuando es oído de sus enemigos y en los brazos de su amada: quisiera uno hacerle callar: es terrible arrojar una escena de amor entre sepulcros: un diálogo de vida en un sitio de muerte, y complicar la más tierna pasión con los riesgos de una conjuración; es sublime lanzar la prisión entre dos amantes felices que se ven solos por tercera vez. ¿Por qué ha prolongado tanto el señor Martínez la escena de Laura y Rugiero? ¿Por qué pueden hablar una hora sintiendo tanto? El poeta que hace decir á una mujer: «¡Cómo queman tus lágrimas, Rugiero! Deja, déjame: yo las enjugaré con mi mano,» debiera conocer todo el valor de una escena corta, cuando reina en ella la pasión. Bella es la escena de Laura y su padre, y más bella sería á nuestros ojos si no adoleciera del mismo empeño de desleír demasiado las ideas tiernas. El sentimiento es una flor delicada: manosearla, es marchitarla. También nos parece que podría suprimirse el monólogo del padre al fin del tercer acto, ó al menos cortarse; ni le creemos necesario ni del mayor efecto.

Donde reconocemos el mayor mérito de la composición es en la disposición y contraste singulares del acto cuarto y del final del drama: acaso por esa misma razón no ha sido lo más aplaudido: el terror hace enmudecer; las manos no pueden reunirse y golpear cuando han de acudir á los ojos. Por otra parte, ¿quién se acuerda en aquellos momentos de que

es una comedia, de que todo es un artificio del poeta y los actores? Las escenas del interrogatorio son de aquellas que por tener bulto parecen satisfacer más al público y llevarse la palma. Sin embargo, el crítico no puede mirarlas bajo este punto de vista. Siempre que un poeta represente en la escena al opresor y al oprimido, éste interesará fácilmente: el mayor número del público le forman desgraciados, porque ¿quién puede jactarse de no serlo? Simpatizan con el infeliz, y cualquier respuesta enérgica de un reo inocente á un juez duro será aplaudida en el teatro; no es esta la principal habilidad del señor Martínez; el elogiarle lo que cualquiera puede hacer sería elogiarle torpemente. Su mérito está en ese conocimiento del corazón humano con que prepara los efectos, con que se introduce furtivamente en el pecho del espectador, con que le lleva de sentimiento delicado en sentimiento delicado á enmudecer y llorar. Hay sin embargo pasajes que no se esperan y sorprenden en el interrogatorio de Maffei y Rugiero. Nada más sublime que esas respuestas: «¿Y por qué nombraste á esos, y no á otros?—*Porque en aquel instante no me ocurrieron vuestros nombres.—De lo que he dicho en el tormento responderá el verdugo.*» Y aquel: «*Concededme esa gracia y os perdono,*» de Rugiero.

En la respuesta de Juan Morosini: «*Estoy pensando que no tienes hijos... y que no vas á comprenderme;*» y en la de Rugiero: «*De cierto es mi padre, cuando no logro ni al morir el consuelo de verle,*» se reconoce al punto al poeta sensible que ha bebido en el cáliz de la desgracia, y que concluía una elegía:

Yo aquí no tengo para ornar tu tumba  
ni una flor que enviarte, que las flores  
no nacen entre el hielo, y si naciesen  
sólo al tocarlas yo se marchitaran.

No acabaremos este juicio sin hacer una reflexión ventajosísima para el autor; esta es la primera vez que vemos en España á un ministro honrándose con el cultivo de las letras, con la inspiración de las musas. ¿Y en qué circunstancias? Un estatuto real, la primera piedra que ha de servir al edificio de la regeneración de España, y un drama lleno de mérito; y esto lo hemos visto todo en una semana: no sabemos si aun fuera de España se ha repetido esta circunstancia particular.



## UN PERIÓDICO NUEVO

---

Noble Espagne, où la littérature est  
réduite á la liberté du monologue  
de Figaro.

F. SOULIÉ. La librairie á Paris.  
*Livre des Cent-et-un.*

**P**OR qué no pone usted un periódico suyo? ¿Cuándo sale *Figaro*? ¡Es idea peregrina! Ya he visto en los demás periódicos la publicación del permiso para el periódico nuevo. ¿Saldrá por fin en Febrero, en Marzo? ¿Cuándo? ¿Nos hará usted reir, por supuesto?

He aquí las preguntas que por todas partes se me dirigen, que me cercan, me estrechan, me comprometen, y á las cuales me veo más apurado para responder, que se ven hace tres días... Iba á hacer una mala comparación; y si me la había de suprimir algún amigo de éstos que miran de continuo por mi tranquilidad, suprímomela yo.

¿Por qué no he de publicar un periódico también? he dicho efectivamente para mí. En todos los países cultos y despreocupados la literatura entera, con todos sus ramos y sus diferentes géneros, ha venido á clasificarse, á encerrarse modestamente en las columnas de los periódicos. No se publican ya infolios corpulentos de tiempo en tiempo. La moda del día prescribe los libros cortos, si han de ser libros. Y si hemos de hablar en razón, si sólo se ha de escribir la verdad, si no se ha de decir sino lo que de cierto se sabe, convengamos en que todo está dicho en un papel de cigarro. Los adelantos materiales han ahogado de un siglo á esta parte las disertaciones metafísicas, las divagaciones científicas; y la razón, como se clama por todas partes, ha conquistado el terreno de la imaginación, si es que hay razón en el mundo que no sea imaginaria. Los hechos han desterrado las ideas. Los periódicos, los libros. La prisa, la rapidez, diré mejor, es el alma de nuestra existencia, y lo que no se hace de prisa en el siglo XIX, no se hace de ninguna manera; razón por la cual es muy de sos-

pechar que no hagamos nunca nada en España. Las diligencias y el vapor han reunido á los hombres de todas las distancias: desde que el espacio ha desaparecido en el tiempo, ha desaparecido también en el terreno. ¿Qué significaría, pues, un autor formando á pié firme un libro, detenido él solo en medio de la corriente que todo lo arrebatara? ¿Quién se detendría á escucharle? En el día es preciso hablar y correr á un tiempo, y de aquí la necesidad de hablar de corrido, que todos desgraciadamente no poseen. Un libro es, pues, á un periódico, lo que un carronato á una diligencia. El libro lleva las ideas á las extremidades del cuerpo social con la misma lentitud, tan á pequeñas jornadas como éste lleva la gente á las provincias. Así sólo puede explicarse la armonía, la indispensable relación que existe entre la ilustración del siglo y la escasez de los libros nuevos. De otra suerte sería preciso inferir que la civilización mata las artes y las letras. Y decimos las artes, porque aquella misma rapidez de existencia ha lanzado sobre el terreno de la pintura la litografía, y ha levantado al lado de las antiguas moles de arquitectura gótica de los tiempos lentos, las modernas construcciones de las ratoneras que por casas habitamos en el día.

Convencidos de que el periódico es una escuela indispensable, si no un síntoma de la vida moderna, esperarían tal vez aquí nuestros lectores una historia de esta invención; una seria disertación sobre los primeros periódicos, y acerca de si debieron ó no su primer nombre á una moneda veneciana que limitaba su precio. Nada de eso. Sólo diremos que los primeros periódicos fueron *gacetas*: no nos admiremos, pues, si fieles á su origen, si reconociendo su principio, los periódicos han conservado la afición á mentir, que los distingue de las demás publicaciones desde los tiempos más remotos; en lo cual no han hecho nunca más que administrar una herencia. Es su mayorazgo; respetamos éste como los demás, pues que estamos á esta altura todavía.

Inapreciables son las ventajas de los periódicos; habiendo periódicos, en primer lugar, no es necesario estudiar, porque á la larga, ¿qué cosa hay que no enseñe un periódico? Sabe usted por un periódico la hora á que empieza el teatro, y algunas veces la función que se representa, es decir, siempre que la función que se representa es la misma que se anuncia: esto, al fin, sucede algunas veces. Por los periódicos sabe

usted de día en día lo que sucede en Navarra, cuando sucede algo; verdad es que esto no es todos los días; pero para eso muchas veces sabe usted también lo que no sucede: no sabe ciertamente la pérdida del enemigo, pero esa siempre debe ser mucha; y en cambio se sabe que llegó la noche, porque la noche llega siempre; no es como la libertad, ni como las cosas buenas, que no llegan nunca; y se sabe que los caballos de los facciosos corren más que los nuestros, puesto que siempre deben aquellos su salvación á su velocidad. Así se supiera dónde diantres los van á buscar. Esta investigación sería de grande utilidad para mejorar nuestras crías. Por un periódico sabe usted que hay Cortes reunidas para elevar sobre el *cimiento* el edificio de nuestra libertad. Por ellos se sabe que hay dos Estamentos, es decir, además del de Procuradores, otro de Próceres. Por los periódicos sabe usted, *mutatis mutandis*, es decir, quitando unas cosas y poniendo otras, lo que hablan los oradores, y sabe usted, como por ejemplo ahora, cuándo una discusión es tal discusión, y cuándo es meramente *conversación*, para repetir la frase feliz de un orador.

¿Á quién debe aquel orador de café, que perora sobre la intervención extranjera, sus vastos conocimientos acerca de las intenciones de Luís Felipe, sino á los periódicos? ¿Dónde habría aprendido aquella columna de la Puerta del Sol, que hace la oposición de corrillo en corrillo, lo que es un tory y un whig, y un reformista, y lo que puede una alianza, sobre todo si es cuádruple, y una *resistencia*, sobre todo si es una? ¿Dónde aprendería siendo español, lo que es un progreso? ¿En qué libro encontraría lo que quiere decir un *ministro responsable*, y una *ley fundamental*, y una *representación nacional*, y una *fantasma*? ¿En qué universidad podría aprender la sutil distinción que existe entre las *fantasmas que matan y las que no matan*? Distinción por cierto sumamente importante para nosotros, pobres mortales que somos los que hemos de morir.

Convengamos, pues, en que el periódico es el grande archivo de los conocimientos humanos, y que si hay algún medio en este siglo de ser ignorante, es no leer un periódico.

Estas y otras muchas reflexiones, las cuales no expongo todas, por ser siempre mucho más lo que callo que lo que digo, me movieron á ser periodista, pero no como quiera pe-

riodista atenido á sueldos y voluntades ajenas, sino periodista por mí y ante mí.

Dicho y hecho, concibamos el plan. El periódico se titulará *Fígaro*, un nombre propio; esto no significa nada y á nada compromete, ni á *observar*, ni á *revistar*, ni á ser *eco de nadie*, ni á *echar flores*, ni á *compilar*, ni á maldita de Dios la cosa. Encierra sólo un tanto de malicia, y eso bien sé yo que no me costará trabajo. Con sólo contar nuestras cosas lisa y llanamente, ellas llevan ya la bastante sal y pimienta. He aquí una de las ventajas de los que se dedican á graciosos en nuestro país: en sabiendo decir lo que pasa, cualquiera tiene gracia, cualquiera hará reir. Sea esto dicho sin ofender á nadie.

El periódico tratará... de todo. ¿Qué menos? pero como no ha de ser ni tan grande como nuestra paciencia, ni tan corto como nuestra esperanza, y como han de caber mis artículos, no pondremos las reales órdenes. Por otra parte, no gusto de afligir á nadie; por consiguiente no se pondrán los reales nombramientos: menos gusto de estar siempre diciendo una misma cosa; por lo tanto fuera los partes oficiales. Estoy decidido á no gastar palabras en balde; mi periódico ha de ser todo sustancia; así, cada sesión de Cortes vendrá en dos líneas; algunos días en menos; como de esas veces no ocupará nada.

Artículos de *política*. Los habrá. Estos, en no entendiéndolos nadie, estamos al cabo de la calle. Y eso no es difícil, sobre todo quien no los ha de entender es el censor. Oposición: eso por supuesto. Á mí, cuando escribo, me gusta siempre tener razón.

De *hacienda*. Largamente, pero siempre en broma, para nosotros será un juego esto; no nos faltará á quién imitar. Los asuntos de cuentas sólo son serios para quien paga; pero para quien cobra...

De *guerra*. También daremos artículos, y en abundancia: buscaremos primero quien lo entienda y quien sepa hablar de la materia; por lo demás saldremos del paso, si no bien, mal: nunca serán los artículos tan pesados como el asunto.

De *interior*. Hasta los codos. Desentrañaremos esto; y tanto queremos hablar de esta materia, que no nos detendremos en enumerar lo que se ha hecho; sólo hablaremos de lo que falta por hacer.

De *estado*. Aquí nos extenderemos sobre el *statu quo* y so-

bre el Estatuto, y nos quedaremos extendidos; ni moveremos pié ni pata.

De *marina*. Esto es más delicado. ¿Ha de ser *Fígaro* el único que hable de eso? No me gusta ahogarme en poca agua.

De *gracia y justicia*. He dicho muchas veces que no soy ministerial: haré por lo tanto justicia seca. ¡Ojalá que me dejen también hacer gracias!

De *literatura*. En cuanto se publique un libro bueno le analizaremos; por consiguiente, no seremos pesados en esta sección.

De *teatro español*. No diremos nada mientras no haya nada que decir. Felizmente va largo.

De *actores*. Aquí seremos malos de buena fe: seremos actores hablando de actores.

De *música*. Buscaremos un literato que sepa música, ó un músico que sepa escribir: entre tanto, *Fígaro* se compondrá como se han compuesto hasta el día los demás periódicos. Felizmente pillaremos al público acostumbrado; y él y nosotros estamos iguales.

*Modas*. En esta sección hablaremos de empréstitos, de intrigas, de favor... en una palabra, lo que corre... á la *dernière* siempre.

De *costumbres*. Por supuesto: malas: lo que hay: escribiremos como otros viven sobre el país. *Fígaro* hablará bajo este título, de paciencia, de tinieblas, de mala intención, de atraso, de pereza, de apatía, de egoísmo. En una palabra, de nuestras costumbres.

*Anuncios*. Queriendo hacer lo más corta posible esta parte del periódico, sólo anunciará las funciones buenas, los libros regulares, las reformas, los adelantos, los descubrimientos. Ni se pondrán las pérdidas, ni menos todo lo que se vende entre nosotros. Esto sería no acabar nunca.

He aquí el periódico de *Fígaro*. Ya está concebida la idea. Sin embargo, no es eso todo. Es preciso pedir licencia; pero para pedir licencia es preciso poder presentar fianzas. Si yo las tuviera no sería yo el que me pusiera á escribir tonterías para divertir á otros, ó *tener empleo con sueldo*... Pero si tuviera empleo, y jefe, y horas fijas, y once, y expedientes, y la cesantía al ojo, no tendría yo humor de escribir periódicos... ó *ser catedrático*... pero si fuera catedrático sabría algo, y entonces no servía para periodista...

Está decidido que no sirvo para pedir licencia. Otro al canto; un testaférreo; un sueldo al testaférreo; seguridades contra seguridades, fianza, depósito, licencia, en fin. He aquí ya á *Fígaro* con licencia: no esa licencia tan temida, esa licencia fantasma, esa licencia que nos ha de volver al despotismo, esa licencia que está detrás de todo, acechando siempre el instante, y el ministro, y el... No, sino licencia de imprimirse á sí mismo.

Ya no falta más que imprenta. Corro á una...—Aquí es imposible: no hay letra.—Corro á otra: Aquí, le diré á usted francamente, no hay prensas.—Á otra: Aquí no queremos periódicos, hay que trabajar de noche. Dios ha hecho la noche para dormir.—Sí, pero no el impresor, contesto furioso.—¿Qué quiere usted? Luego es trabajo en que no se gana: como no hay cajistas en España, piden un sentido, se hacen valer; el público no quiere pagar caro, el oficial no quiere trabajar barato.—¿Con que es imposible imprimir un periódico?—Poco menos, señor; y si acaso se lo imprimen á usted, será caro y mal. Pondrán unas letras por otras.—Eso ¡pardiez! no será imprimir mi periódico, sino otro del cajista.—Pues eso, señor, sucederá; en habiendo un día de formación no tendrá usted cajistas; y si usted se enfada algún día por una errata, le dejarán plantado, y si no se enfada también.

¿Es posible? ¿Con que no hay *Fígaro*? ¡Oh! ¡Habrá *Fígaro*, habrá *Fígaro*! Venceremos las dificultades... ¡Ah! se me olvidaba. ¡Papel! Á una fábrica, á otra, á otra... Este es chico, éste es caro, éste grande, éste moreno, éste con demasiada cola...—Mire usted, como usted le quiere no le hay, me dicen por fin. Es preciso mandarlo hacer.—Pues lo mando hacer: para dentro de ocho días.—Señor, la fábrica está á sesenta leguas; hay que hacer los moldes, y luego el papel, y luego secarlo, y si llueve... y luego traerlo... y el ordinario echa quince días ó veinte... y... —¿No hay quien le eche á usted á los infiernos?... grito desesperado. ¡País de obstáculos!

Es preciso resignarse, esperar... Al fin lo habrá todo... demasiado va á haber luego... ésta es la idea que me detiene, por fin, que cuando haya editor, redactores, impresor, cajistas, papel... entonces también habrá censor... Eso sí, eso siempre lo hay... ni hay que mandarle hacer, ni hay que esperar...—Aquí acabo de perder la cabeza, enciérrome en mi casa, ¡voto va! Pues ha de haber *Fígaro*, sí, señor, por lo

mismo ha de haber *Fígaro*, y ha de hablar de todo, absolutamente de todo.

Diciendo esto llego á mi casa, me siento á mi bufete para tomar disposiciones. — ¿Qué hace usted? le digo á mi escribiente, de mal humor.—Señor, me responde, estoy traduciendo, como me ha mandado usted, este monólogo de su tocayo de usted, en el *Mariage de Fígaro* de Beaumarchais, para que sirva de epígrafe á la colección de sus artículos que va usted á publicar. — ¿Á ver cómo dice?

«Se ha establecido en Madrid un sistema de libertad que se extiende hasta á la imprenta; y con tal que no hable en mis escritos, ni de la autoridad, ni del culto, ni de la política, ni de la moral, ni de los empleados, ni de las corporaciones, ni de los cómicos, ni de nadie que pertenezca á algo, puedo imprimirlo todo libremente, previa la inspección y revisión de dos ó tres censores. Para aprovecharme de esta hermosa libertad anuncio un periódico...»

—Basta, exclamo al llegar aquí mi escribiente, basta; eso se ha escrito para mí: cópielo usted aquí al pié de este artículo: ponga usted la fecha en que eso se escribió...—1784.—Bien. Ahora la fecha de hoy.—22 de Enero de 1835.—Y debajo: —*Fígaro*.

## LITERATURA

*Rápida ojeada sobre la historia é índole de la nuestra.—Su estado actual.—Su porvenir.—Profesión de fe*

**L**a política, interés principal que absorbe y llena en el día todo el espacio que á la pública curiosidad ofrecen en sus columnas los periódicos, nos ha impedido hasta ahora señalar en el nuestro á la literatura el lugar que de derecho le corresponde. Pero no hemos olvidado que la literatura es la expresión, el termómetro verdadero del estado de la civilización de un pueblo, ni somos de aquellos que piensan con los extranjeros que al concluir nuestro siglo de oro

espiró en España la afición á las bellas letras. Sí pensamos que, aun en la época de su apogeo, nuestra literatura había tenido un carácter particular, el cual ó había de variar con la marcha de los tiempos, ó había de ser su propia muerte, si no quería transigir con las innovaciones y el espíritu filosófico que comenzaba á despuntar en el horizonte de la Europa. Impregnada del orientalismo que nos habían comunicado los árabes, influida por la metafísica religiosa, puédesse asegurar que había sido más brillante que sólida, más poética que positiva. Á esta sazón, y cuando nuestros ingenios no hacían, ni podían hacer otra cosa que girar de continuo dentro de un mismo estrecho círculo, antes que se hubiese acabado de formar y fijar la lengua, una causa religiosa en su principio, y política en sus consecuencias, apareció en el mundo; y esa misma causa que dió el impulso investigador á otros pueblos, reprimida y perseguida en España, fijó entre nosotros el *nec plus ultra* que había de volvernos estacionarios. La reforma abrió un nuevo campo á los pueblos de Alemania y de Inglaterra, que la abrazaron ansiosos; y si en Francia no triunfó, tuvo el influjo bastante para templar y equilibrar el ciego impulso del fanatismo. Los que se atrevieron á luchar con ella abiertamente no osaron en cambio dejar toda su fuerza á la reacción religiosa, temerosos sin duda de que la falta de contemplación forzase á los pueblos, avizorados ya con el ejemplo, á lanzarse en la nueva senda que delante de sí veían abierta. De aquí la tolerancia que fué forzoso á los legisladores adoptar en política y en religión; la cual preparó en Francia un siglo de escritores filósofos, propagadores del germen de una revolución en las ideas, que debía ser sangrienta, porque no la hacía allí la predicación, sino la violencia. La España estaba más lejana del foco de las ideas nuevas; las que en otros países caducaban ya, eran nuevas todavía para ella, porque recién salida de la larga dominación musulmana, veía todavía en el catolicismo el *paladium* que la había salvado. Siete siglos además de guerras y rencores religiosos debían haberla hecho más fanática: ¿qué mucho pues que el impulso de la reforma se hiciese apenas sentir en sus habitantes, más bien ocupados en sus intestinas discordias, que envueltos en el movimiento general, de que hacía tiempo la habían segregado sus intereses particulares? Ella fué por el contrario el refugio de los vencidos de otras partes; aquí se vinieron á



hacer fuertes contra la invasión *reformista* los que habían sido por ella desarmados en sus patrios lares; y la persecución religiosa, amalgamada con el celo fundador y apostólico que nos llevaba á descubrir mundos nuevos que ofrecer al cielo, sofocó para largo espacio toda esperanza de progreso. Ni dejamos tampoco de tener disculpa. La gloria, poesía de las naciones conquistadoras, nos hacía más llevaderas unas cadenas, de que podíamos hacer cirineos á tantos pueblos sometidos, y el metal precioso de la conquista nos las doraba. ¿Qué mucho que la España de entonces trocarse su libertad interior por el dominio en lo exterior, si hemos visto en los tiempos modernos á una gran nación que se decía harto más adelantada, á una nación que parecía haber sacudido para siempre toda especie de tiranos por medio de la más sangrienta revolución, si la hemos visto, decimos, coronar á un nuevo déspota, que no necesitó para ceñirse con una mano la corona imperial sino alargar con la otra á los republicanos más ardientes laureles perecederos, y el oropel de una pasajera conquista?

En España causas locales atajaron el progreso intelectual, y con él indispensablemente el movimiento literario. La muerte de la libertad nacional, que había llevado ya tan funesto golpe en la ruina de las comunidades, añadió á la *tiranía religiosa* la *tiranía política*; y si por espacio de un siglo todavía conservamos la preponderancia literaria, ni esto fué más que el efecto necesario del impulso anterior, ni nuestra literatura tuvo un carácter sistemático investigador, filosófico; en una palabra *útil y progresivo*. Imaginación toda, debía prestar más campo á los poetas que á los prosistas: así que, aún en nuestro siglo de oro es cortísimo el número de *escritores razonados* que podemos citar. Fuera de los escritos místicos y teológicos, y de los tratados sutilmente metafísicomorales, de que podemos presentar una biblioteca antigua desgraciadamente más completa que ninguna otra nación, si queremos encontrar prosistas nos habremos de refugiar en la historia. Solís, Mariana y algunos otros ilustraron en verdad la musa de Tácito y de Suetonio. Nos es fuerza empero confesar que aun esos se ofrecieron más bien como columnas de la lengua, que como intérpretes del movimiento de su época: influídos por las creencias populares, no dieron un solo paso adelante, adoptaron los cuentos y las tradiciones fabulosas

como verdaderas causas políticas: trataron más bien de lucir su claro ingenio en estilo florido, que de desentrañar los móviles de los hechos que se veían llamados á referir. Más parecieron sus escritos una recopilación de materiales y fragmentos descosidos, una copia selecta de arengas verosímiles, que una historia razonada. No sabiendo deslindar la crónica de la historia, la historia de la novela, llenaron muchos tomos sin llegar á hacer un solo libro.

La novela, hija toda de la imaginación, se vió mejor representada entre nosotros, y en una época en que no era sospechado siquiera el género en el resto de Europa, pues que hasta los mismos libros de caballerías tuvieron su origen en la península española. En ella podemos citar escritores excelentes, si contados. *El Ingenioso Hidalgo*, último esfuerzo del ingenio humano, bastaría á adjudicarnos la palma, aunque no tuviéramos otras que presentar en lugar privilegiado, sino tan eminente. Pero esta época fué de corta duración, y después de Quevedo la prosa volvió al olvido de que momentáneamente la habían sacado unos pocos, sólo al parecer para dar una muestra al mundo literario de lo que le era permitido hacer en ese género á la lengua y al ingenio español.

Poco después la literatura se refugió al teatro, y no fué por cierto para predicar ideas de progreso; no supo siquiera sostenerse; no hizo más que decaer.

Á fines del siglo pasado volvió á brillar un destello de esperanza, una apariencia de resurrección, que se hubiera acaso llevado á cabo, si los disturbios políticos no se hubieran apresurado á sofocar el germen sembrado durante el feliz reinado de Carlos III. Dado ya el impulso sin embargo, era forzoso que algunos efectos siguieran á la causa. La larga paz que disfrutaba la Europa, el embrutecimiento y la servidumbre en que habían caído los pueblos, habían hecho menos recelosos á los tiranos: si bien los más perspicaces oían ya el rumor sordo de la próxima tempestad, no era seguramente en España donde debía de esperarse el estallido; era tan distinta nuestra predisposición, que al verificarse aquel, ningún miedo de contagio infundió en el Gobierno español. Al contrario, él mismo había sido una de las causas de la propagación de las ideas nuevas, apoyando la rebelión de las primeras colonias americanas que se separaron de su metrópoli. Á fines, pues, del siglo pasado apareció en España una juventud menos

apática y más estudiosa que la de las anteriores generaciones; pero juventud que, al volver los ojos atrás para buscar modelos y maestros en sus antecesores, no vió sino una inmensa laguna: desesperando entonces de unir el cabo interrumpido y de continuar un movimiento paralizado dos siglos antes, creyó no poder hacer cosa mejor que saltar el vacío en vez de llenarle, y agregarse al movimiento del pueblo vecino, adoptando sus ideas tales cuales las encontraba. Vióse entonces un fenómeno raro en la marcha de las naciones: entonces nos hallamos en el término de la jornada sin haberla andado.

Ayala, Luzán, Huerta, Moratín el padre, Meléndez Valdés, Jovellanos, Cienfuegos y algunos otros, restauraron las bellas letras, es verdad; pero ¿cómo? introduciendo en nuestro siglo xviii el gusto francés, bien como en el xvi habían otros introducido el italiano. Fueron imitadores, sin saberlo las más veces, repugnándolo casi siempre. El espíritu de análisis, *disecador*, digámoslo así, y el espíritu filosófico francés, hicieron sentir su influencia en nuestra regeneración literaria. Los agentes de ella, queriendo con todo creerse independientes, quisieron salvar de nuestro antiguo naufragio *la expresión*; es decir, que al adoptar las ideas francesas del siglo xviii, quisieron representarlas con nuestra lengua del siglo xvi. Una vez puros, se creyeron originales. Así que, en poesía vimos conservado el sabor poético de nuestros buenos tiempos, parecíanos oír todavía la lira de Herrera y de Rioja; y en prosa fué declarado delito toda innovación en el lenguaje de Cervantes. Iriarte, Cadalso y otros, se declararon á todo trance puristas, y persiguieron toda novedad con las armas de la sátira, al paso que Meléndez, Jovellanos, Huerta y Moratín sostenían la misma opinión con el ejemplo.

Este es el lugar de hacer una observación esencialísima en la materia. Hemos dicho que la literatura es la expresión del progreso de un pueblo; y la palabra, hablada ó escrita, no es más que la representación de las ideas, es decir, de ese mismo progreso. Ahora bien, marchar en ideología, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política, aumentar ideas nuevas á las viejas, combinaciones de hoy á las de ayer, analogías modernas á las antiguas, y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser la expresión de esos mismos progresos, perdonennos los señores puristas, es haber perdido la

cabeza. Quisiéramos, sin ir más lejos en la cuestión, ver al mismo Cervantes en el día, forzado á dar al público un artículo de periódico acerca de *la elección directa: de la responsabilidad ministerial, del crédito ó del juego de bolsa*, y en él quisiéramos leer la lengua de Cervantes. Y no se nos diga que el sublime ingenio no hubiera nunca descendido á semejantes pequeneces, porque esas pequeneces forman nuestra existencia de ahora, como constituían la de entonces las comedias de capa y espada; y porque Cervantes que las escribía, para vivir, cuando no se escribían sino comedias de capa y espada, escribiría, para vivir también, artículos de periódico, hoy que no se escriben sino artículos de periódico. Lo más que pueden los puristas exigir, es, que al adoptar voces y giros, y frases nuevas, se respete, se consulte, se obedezca en lo posible el tipo, la índole, las fuentes, las analogías de la lengua.

He aquí verdades que no comprendieron los padres de nuestra regeneración literaria: quisieron adoptar ideas peregrinas, exóticas, y vestirlas con la lengua propia; pero esta lengua, desemejante de la túnica del Señor, no había crecido con los años, y con el progreso que había de representar; esta lengua, tan rica antiguamente, había venido á ser pobre para las necesidades nuevas; en una palabra, este vestido venía estrecho á quien le había de poner. Acaso sea esta una de las trabas que nuestros literatos tuvieron entonces para entrar más adentro en el espíritu del siglo. De esto sería una prueba la inculpación que á Cienfuegos se ha hecho de haber respetado poco la lengua. ¿Qué mucho, si Cienfuegos era el primer poeta que teníamos filosófico, el primero que había tenido que luchar con su instrumento, y que le había roto mil veces en un momento de cólera ó de impotencia? Si nuestras razones no tuvieran peso suficiente, habría de tenerlo indudablemente el ejemplo de esas mismas naciones, á quienes nos vemos forzados á imitar, y que mientras nosotros hemos permanecido estacionarios en nuestra lengua, han enriquecido las suyas con voces de todas partes. Porque nunca preguntaron á las palabras que quisieron aceptar *¿de dónde vienes?* sino *¿para qué sirves?* Y medítese aquí que el estar parado cuando los demás andan, no es sólo estar parado, es quedarse atrás, es perder terreno.

Además de esta causa, que opuso tantas trabas á nuestros

adelantos, había otra, á saber: que el número de los que adoptaban el gusto francés, é importaban una nueva literatura, era reducido: eran entonces solamente unas cuantas avanzadas de la multitud, estacionaria todavía, tanto en literatura como en política. No queremos rehusarles por eso la gratitud que de derecho les corresponde; quisiéramos sólo abrir un campo más vasto á la joven España; quisiéramos sólo que pudiese llegar un día á ocupar un rango *suyo, conquistado, nacional*, en la literatura europea.

No es nuestra intención en esta reseña general entrar á analizar el mérito de los escritores que nos han precedido; esto fuera molesto, inútil á nuestro propósito, y poco lisonjero acaso para algunos que viven todavía. Después que algunos nombres caros á las musas hubieron, no levantado nuestra literatura, sino introducido en España la francesa, después que nos impusieron el yugo de los preceptistas del siglo ostentoso y compasado de Luís XIV, las turbulencias políticas vinieron á atajar ese mismo impulso, que llamaremos bueno á falta de otro mejor.

Muchos años hemos pasado de entonces acá sin podernos dar cuenta siquiera de nuestro estado, sin saber si tendríamos una literatura por fin nuestra, ó si seguiríamos siendo una posdata rezagada de la clásica literatura francesa del siglo pasado. En este estado estamos casi todavía: en verso, en prosa, dispuestos á recibirlo todo, porque nada tenemos. En el día numerosa juventud se abalanza ansiosa á las fuentes del saber. ¿Y en qué momentos? En momentos en que el progreso intelectual, rompiendo en todas partes antiguas cadenas, desgastando tradiciones caducas, y derribando ídolos, proclama en el mundo la *libertad moral*, á la par de la *física*, porque la una no puede existir sin la otra.

La literatura ha de resentirse de esta prodigiosa revolución, de este inmenso progreso. En política el hombre no ve más que *intereses y derechos*, es decir, *verdades*. En literatura no puede buscar por consiguiente sino *verdades*. Y no se nos diga que la tendencia del siglo y el espíritu de él, analizador y positivo, lleva en sí mismo la muerte de la literatura, no. Porque las pasiones en el hombre siempre serán *verdades*, porque la imaginación misma ¿qué es sino una *verdad* más hermosa?

Si nuestra antigua literatura fué en nuestro siglo de oro

más brillante que sólida, si murió después á manos de la intolerancia religiosa y de la tiranía política, si no pudo renacer sino en andadores franceses, y si se vió atajado por las desgracias de la patria ese mismo impulso extraño, esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura *nueva*, expresión de la sociedad *nueva* que componemos, toda de *verdad*, como de *verdad* nuestra sociedad: sin más regla que esa *verdad* misma, sin más maestro que la *naturaleza*, *joven* en fin como la España que constituimos. *Libertad* en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra, he aquí la medida con que mediremos; en nuestros juicios críticos preguntaremos á un libro: ¿nos enseñas algo? ¿nos eres la expresión del progreso humano? ¿nos eres útil?—Pues eres bueno. No reconocemos magisterio literario en ningún país; menos en ningún hombre, menos en ninguna época, porque el gusto es relativo: no reconocemos una escuela exclusivamente buena, porque no hay ninguna absolutamente mala. Ni se crea que asignamos al que quiera seguirnos una tarea más fácil, no. Le instamos al estudio, al conocimiento del hombre: no le bastará como al *clásico* abrir á Horacio y á Boileau, y despreciar á Lope ó á Shakspeare: no le será suficiente, como al romántico, colocarse en las banderas de Víctor Hugo y encerrar las reglas con Molière y con Moratín; no; porque en nuestra librería campeará el Ariosto al lado de Virgilio, Racine al lado de Calderón, Molière al lado de Lope; á la par, en una palabra, Shakspeare, Schiller, Goethe, Byron, Víctor Hugo y Corneille, Voltaire, Chateaubriand y Lamartine.

Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida á las galas del decir, al són de la rima, á entonar sonetos y odas de circunstancias; que concede todo á la expresión y nada á la idea; sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, y faro por tanto del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; apostólica y de propaganda; enseñando *verdades* á aquellos á quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no *como debe ser*, sino *como es*, para conocerle; literatura en fin, expresión toda de la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo.